

EL SENTIDO DE LA INFORMACION

Por

ALFREDO HUGO DE MARÍA

I N T R O D U C C I O N

Cuando uno se ha propuesto estudiar el mecanismo de la comunicación humana, desmenuzando hasta sus últimas consecuencias el más pequeño resorte que ayuda a su correcto funcionamiento, descubre y entiende sus características más o menos permanentes, que facilitan la comprensión de un determinado proceso de interrelación técnicamente puro. Sin embargo, tratándose de la comunicación humana, en la que se conjugan las ideologías de las personas, sus culturas, intereses y expectativas, su análisis se imbrica, forzosamente, con el estudio de las ciencias del hombre. Esto convierte a la pureza de la técnica fría y esquemática en un conflicto de fuerzas, actuante en otro contexto más difícil de auscultar; donde es más complicado conciliar fórmulas y teorías sobre el futuro de esa comunicación.

Al no pretender este ensayo presentar una teoría de la comunicación, su fin principal es invitar a la reflexión de los lectores precisamente sobre ese futuro que, de todos modos, se nos ha adelantado en forma exacerbante, si consideramos el perfeccionamiento de los medios de comunicación que hoy tenemos a nuestra disposición.

Quienes se hayan adentrado un poco en este problema, sabrán comprender, entonces, la inquietud de Yaguajarlal Nehru, cuando dijo: "Hay algo que me inquieta: el que cuanto mejor se entiende la gente, más se pelee. El que así ocurra, sin embargo, no quiere decir que no tratemos de comprender, ni menos que comprender sea imposible en el contexto del mundo actual. Comprenderse, sí; pero comprenderse de una manera positiva, constructiva; esto es esencial. La buena manera de comprenderse, la manera cordial, abierta, es importante, porque una actitud cordial despierta otra igualmente cordial".

Si ontológicamente el pensamiento de Nehru satisface la premisa más alta de una buena comunicación humana, la apertura mental de ambos extremos del proceso (emisor y receptor), está requiriendo el empleo a fondo de uno de esos estadios del mecanismo de la comunicación, cual es la información previa y necesaria para establecer el equilibrio de la conducta del hombre frente a los hechos de la vida diaria.

La tecnología ha establecido las reglas casi perfectas de la información que debe proporcionarse a las máquinas para que éstas respondan correctamente a las órdenes que se les imparte. Sin embargo, aún no es posible prever las formas de comunicación humana que en el futuro podrían disminuir la asincronía que se produce constantemente en este terreno.

Lo seguro es que, tanto o más que a las máquinas, a lo largo de la comunicación humana, la constante que llamamos *información*, tendrá que servir mejor, en el futuro, al individuo y a la sociedad.

"El gran problema de nuestro tiempo es el de establecer el equilibrio y la totalidad del hombre moderno, darle capacidad para dirigir las máquinas que ha creado, traer de vuelta al corazón mismo de la cultura moderna ese respeto hacia los atributos esenciales de la personalidad, su facultad crea-

dora y su autonomía, que el hombre de Occidente perdió en cuanto hizo a un lado su propia vida para concentrarse en el mejoramiento de la máquina”.

El pensamiento de Lewis Mumford sintetiza la situación del hombre moderno, sometido a conflictos y tensiones cuyo origen le permanece oculto, pero que lo convierten en un campo propicio para el error histórico, cualquiera sea la forma que éste tome.

Nunca el individuo ha tenido que afrontar tantas y tan diversas opciones, en su vida privada o social, como hoy. Y nunca como hoy ha estado tan condicionado objetiva o subjetivamente para optar. Lo que se conoce por *hombre masa* es, básicamente, el individuo, a quien el mundo actual ofrece una fantástica abundancia de posibilidades y, simultáneamente, escasos e ineficaces canales para conocerlas, elaborarlas, elegir las y concretarlas en la acción. Es libre y a la vez está mal condicionado. Es único y distinto y su particularidad se pierde en las pautas uniformes a las que obedece.

Esta paradoja es el reflejo de fenómenos mucho más profundos y significativos que ocurren en el seno de la sociedad.

En primer lugar los niveles de especialización de la ciencia y la técnica han creado una profunda fisura entre éstas y el hombre común. Al racionalismo del siglo XIX, que originó una confianza masiva ingenua en la ciencia, ha sucedido una suerte de actitud precrítica del hombre común quien, por la inmensa distancia que lo separa del pensamiento científico, le ha conferido verdaderas características mágicas y a los científicos e investigadores el rol de miembros de una élite casi sacerdotal.

Esto puede explicar el éxito con que se reciben desde los horóscopos y las palabras cruzadas hasta algunas tesis de Planeta.

En segundo lugar, este proceso de la ciencia y la técnica, seguido de una manera bastante similar, en lo que respecta a

sus resultados, por las artes, la poesía y la literatura, trajeron como consecuencia una ruptura del proceso cultural por el cual el hombre común no puede integrar su tradición a su contemporaneidad, debiendo perder una u otra irremediamente. Casi siempre elige, naturalmente, rescatar la primera de una forma conservadora y rígida, con lo cual, para insertarse de algún modo en su tiempo, queda disponible para consumir todo lo que los medios de comunicación de masas elaboran como *culturas*: historietas, fotonovelas, publicidad dirigida, música standard, etc.

En tercer lugar, estas dos situaciones crean una paradoja más: dicho grado de avance en las ciencias, la técnica y las artes, supone un aparato educativo y formativo eficaz para la preparación del individuo desde los mismos ciclos primarios de la enseñanza. Pero ese aparato no existe. El proceso asincrónico de la sociedad y los fenómenos socioeconómicos que sufre, hacen que el grado de perfeccionamiento económico, político y cultural sea totalmente desparejo de unos grupos a otros. Una de las graves consecuencias es que mientras en una punta del movimiento hay una especialización cada vez más ajustada y excluyente, en la otra los sistemas educativos son anacrónicos y rígidos, de manera que la gran fisura se pronuncia cada vez más.

El resultado es un hombre masa ávido de información.

Es por esta causa que vamos a intentar el análisis del sentido de la información en un estadio de la comunicación humana que llamaremos "socio-cultural", investigando sus aciertos y errores.

De la respuesta que encontremos a nuestros interrogantes depende que el hombre contemporáneo y especialmente el de nuestro país, se forme una actitud crítica, de profunda lucidez, que le permita totalizar su mundo de manera a la vez responsable y activa.

¡ESTAMOS INFORMADOS!

Son muchos los caminos por los que puede rastrearse el proceso de la información en el mundo de la comunicación humana. Desde las intrincadas redes celulares, nerviosas y humorales del organismo, trasvasadas por la inventiva del hombre a las máquinas, en sus equivalentes sensoriales y efectores, con válvulas, cables conductores y células fotoeléctricas, hasta la proyección de su problemática en el campo de las relaciones humanas, la información juega hoy el más importante de los roles en todo sistema de comunicación.

En cincuenta años estos medios de comunicación han proliferado en toda la Tierra, convirtiéndola en un globo surcado por cables telefónicos y telegráficos, ondas de radio y televisión y ahora, circunvalándolo, la reflexión de imágenes y sonido, a través de sateloides.

Es verdad que gracias a tales medios, los problemas de todo tipo que aquejan a la humanidad no escapan ya a la noticia casi obligada de un planeta minimizado en tiempo y distancia.

La *noticia* es así un producto de consumo simultáneo e inmediato.

Se habrá notado que para referirnos a este fenómeno de simultaneidad y tiempo hemos preferido adoptar la palabra noticia, cuya acepción es muy diferente a la de información, motivo de este análisis, y sobre la que ha recaído el uso y abuso de sentidos caprichosos (aunque no siempre intencionados) del profesionalismo oral, escrito y televisado.

Aclaremos un poco ésto. Noticia es la relación de un hecho reciente. Información expresa la idea de una serie de informes distintos, hecha con el objeto de comparar diferentes datos sobre cualquier cosa.

En el plano individual "la información, dice Jurgen Ruesch, controla toda acción y se refiere al conocimiento de

relaciones. Se halla disponible en forma codificada en el interior del organismo humano y se hace accesible a otras personas por medio del habla, escritura o demostración. Puede comparársela con un modelo en escala reducida del propio ser y del mundo, que capacita a una persona para predecir hechos, corregir su propia conducta y alterar parcialmente la configuración del medio”.

Si bien es cierto que se puede sostener que el hecho de tener noticia sobre algo, constituye el comienzo de un nuevo conocimiento o información, no debemos olvidar, continuando con Ruesch, que “el concepto que el hombre tiene sobre el mundo se adquiere a través de la interacción social y la comunicación, y estas perspectivas adquiridas son la base sobre la cual descansa la futura organización de su ambiente”.

De esta manera adquiere importancia el proceso de codificación de la información que nos llega por todos los medios, el cual puede llegar a cambiar no sólo el pensamiento del individuo, sino su propia conducta, puesto que la sustitución de un tipo de hecho por otro —en tal forma que el suceso constituido puede en cierto sentido representar al otro— es lo que en las técnicas de comunicación llamamos codificación.

Por lo tanto, además de su aspecto semántico, la información, desde el punto de vista de la comunicación, guarda relación con índices cognoscitivos que superan en mucho a la mera noticia, aunque a veces se pretenda incluir en ésta valores que definen a aquélla. Es decir, entonces, que no sólo por su acepción, sino por la correcta inclusión en el campo de la comunicación en general, que los problemas de la información abarcan dimensiones cada vez más amplias ya que, como se comprenderá, el hombre será imprescindible trasmisor, mediador y receptor de la información, con todos sus factores culturales que tal proceso implica.

Estos problemas tienen vigencia en el campo de las relaciones humanas y en el directamente vinculado al desarrollo y aplicación de las ciencias, al cual nos referiremos más adelante.

Trataremos de enfatizar ahora la importancia de esa información, cuyo contenido más evidente es motivo de relación con nuestros semejantes, y que nos permite ajustarnos al medio en el que interactuamos.

Trasladado este esfuerzo valorativo de la información y su registro al nivel de las organizaciones sociales comunes, es del caso preguntarnos: ¿es que estamos informados de lo que verdaderamente interesa a nuestra evolución como potencial de bienestar, educación y cultura?. ¿Es importante estarlo? y ¿por qué? ¿Constituye la información un índice cultural y qué papel corresponde desempeñar a los medios de comunicación masivos?

Nos interesa analizar aquí algunos aspectos de una cuestión que preocupa a los que nos servimos de tales medios para establecer opiniones y aclarar ideas.

Como dijimos antes, tenemos la convicción de que el hombre seguirá siendo origen, intermediario y fin de este proceso de la información, mediante la cual más acá de un cierto umbral, nada conseguirá descifrar para su conocimiento de la realidad. Puede inferirse, entonces, que en adelante no nos referiremos a la mera noticia periodística para valorar la integración del hombre en su cultura, sino a la información que ayuda al aprendizaje mediante la comprensión de pautas que son comunes a un sinnúmero de acontecimientos en la vida de los hombres.

Esta información es la que corre, minuto a minuto, por todos los canales, ya sean interpersonales, de grupos, colectivos y masivos. Esta información es a nuestro juicio, la que junto con la educación, debería integrar el objetivo supremo de una cultura dinámica en las sociedades que quieran considerarse progresistas. Dice José Bullaude: "El emisor y el receptor, enfrentados en el acto comunicativo, aportan a él, lo que podríamos denominar sus respectivos "mundos de vivencia". Este mundo de vivencia es un conjunto integrado por todas las experiencias que el sujeto ha tenido hasta el momento de la si-

tuación comunicativa que se está estudiando. Como se comprende, estos mundos de vivencia pueden ser diferentes o semejantes, y de ello dependerá la menor o mayor posibilidad de comunicación satisfactoria efectiva. No siempre se establece una correspondencia y relación satisfactoria entre un emisor y un receptor humanos. Suelen encontrarse desajustes y barreras, que impiden la comunicación”.

Trasladamos el planteo a términos sociales más amplios y veremos claramente la gravedad del problema.

Todos los miembros de una sociedad necesitan aprehender aunque sea una parte de su herencia cultural, a fin de hacerla más perfecta; de actualizarla y de condicionarla a las necesidades de su época. Para que ello sea posible, deberá poseer la información correcta sobre los reales valores de su cultura.

Hoy, comprendiendo que la ciencia y la técnica no son un fin en sí misma, pero que gracias a ellas estamos en condiciones de escuchar mensajes de un extremo a otro del planeta en contados minutos, deberíamos preguntarnos más a menudo si el fin de esos mensajes va en pro del mejoramiento humano, y si esa información esparcida por todo el globo pesa realmente en la balanza de la educación y cultura de los pueblos.

Por ejemplo: ¿es más real el universo percibido hoy, debido a la información, que el de hace cincuenta años? ¿En qué medida esa percepción facilita una mayor integración cultural de los pueblos, y en qué medida esa integración guarda o no cierto equilibrio en una sociedad cambiante como la nuestra?

La situación actual, en este aspecto, nos presenta una paradoja. Las sociedades más tecnificadas se están planteando la necesidad de mayor veracidad en el contenido de los mensajes, con la misma importancia que se le da al aumento de esos mensajes.

Lo que ocurre, es que si bien esas sociedades están cuantitativamente informadas, nada hace suponer que el público

cree a ciegas en todos los mensajes que se le transmiten. Ya no es un secreto que la psicología ha puesto en los especialistas elementos que permiten el manipuleo de la información con su secuela de motivaciones, oportunidades y objetivos preestablecidos.

¿No es lo contrario lo que preconiza Nehru, al pedir una comprensión cordial y abierta?

Por eso estimamos que si los seres humanos fueran capaces de mantener en claro su poder de evaluación de la información, tanto los conflictos interpersonales como los que surgen entre culturas distintas, podrían reducirse notablemente.

LA CIENCIA FICCION SUPERADA

“Debes comprender que nuestra civilización, tan vasta, no permite minorías. Pregunta tú mismo: ¿Qué queremos en este país por encima de todo? Ser felices, ¿no es verdad? ¿No lo has oído centenares de veces? Quiero ser feliz, dicen todos. Bueno, ¿no lo son? ¿No los entretenemos? ¿No les proporcionamos diversiones? Para eso vivimos, ¿no es así? Para el placer, para la excitación. Y debes admitir que nuestra cultura ofrece ambas cosas, y en abundancia”.

Este párrafo de Ray Bradbury en *Fahrenheit 451* describe la grosera existencia de una época de anticipación que bien se puede percibir en nuestros días, a poco que observemos ciertas formas y objetivos que han adoptado los medios de comunicación masiva (incluyendo cierta literatura), al amparo de estructuras que permiten el acondicionamiento de las masas a espectáculos aparentemente asépticos e informaciones anodinas.

El caracol en el oído, con el que se puede escuchar “agentes distantes, de lugares distantes, con los ojos abiertos y clavados en los abismos de la negrura”, es una realidad actual. Bradbury se refería al diminuto parlante de las radios a tran-

sistores que ahora vemos en las calles, en los ómnibus y pegados a las mismas almohadas de millones de somnolientos escuchas. La búsqueda de un nuevo mecanismo para vencer el insomnio ha encontrado otro aliado en “el caracol en el oído”; además de los barbitúricos.

Los transistores hicieron posible el hallazgo. Ampliaron el problema de la alienación y mucha gente culpa de ello a la ciencia y a la técnica.

Sin embargo, todo ésto está más relacionado con la ingenuidad del Iluminismo, que creía en la desaparición de la ignorancia por el solo imperio de la ciencia.

Lo que la gente en su mayoría ignora, es que los transistores tienen muchas aplicaciones en la compleja electrónica y que su finalidad al inventarse, como sucede siempre, no era precisamente la de enajenar a las masas.

No obstante, ¿cuántas veces hemos visto en las canchas de fútbol o en otros espectáculos deportivos, a cientos de espectadores contemplar aparentemente absortos las acciones, pero dócilmente pegados con sus oídos a las radios a transistores, en procura de una confrontación informativa entre la imagen real y la transmisión del locutor?

Esta observación se aclara, en parte, por la acuciante necesidad que tiene el hombre de que le expliquen los hechos de alguna manera, en detrimento de su propio juicio valorativo. En un plano más alto de los acontecimientos sociológicos podríamos decir que el hombre moderno siente frecuentemente esa necesidad, ante un mundo que cambia aceleradamente.

Bradbury anticipaba también la conversión del espectáculo visual del mundo exterior en las excitantes vivencias de moradores pasivos que, dentro de sus casas y en todas las dimensiones de sus paredes, con el simple accionar de botones, podían ver desde el bombardeo de una gran ciudad hasta la despiadada caza de hombres, acorralados por una policía ideológica.

Esas imágenes en las paredes, transformándose en un catidoscopio alucinante y embrutecedor, sólo esperan un mercado más propicio, para que las pequeñas pantallas de nuestros televisores pasen a ser recuerdos de cosas arcaicas inventadas ayer. Ciertas tendencias a la explotación de la incertidumbre del hombre masa por los medios de comunicación, nos autorizan a pensar que la información, como dice González Casanova, "se ha hecho sinónimo de persuasión, de estímulo biológico, casi químico, sobre los niveles más instintivos y condicionados de la conducta humana, buscando en todo momento respuesta de previsión calculada".

Frente a este panorama nos quedan razones para ser optimistas. Podríamos ser razonablemente sensatos y basarnos en la facultad intrínseca que nos permite valorar la felicidad real, el entretenimiento auténtico y el ocio recreativo. En la trama urdida para el acondicionamiento de las masas muchas cosas son puestas a salvo, diariamente, y muchas más pueden serlo en el futuro, gracias a la auténtica información que fortalece el conocimiento de la verdad, ayudándonos a comprender. Parfraseando a González Casanova, agregaríamos que como Platón dijo antes, una cosa es el saber de quien conoce (filosofía) y otra, el parecer de quien opina (filodoxia). Comprender —decía Cesare Pavese— significa vulgarmente entender, esto es, revivir y juzgar.

De allí que cada vez tengan menos vigencia las verdades propuestas por los dogmas o las posiciones políticas incommovibles y, por ejemplo, las masas enjuicien los objetivos esenciales que se auspician para integrar las fuerzas vivas de una Nación. Los que se apoyan en el juicio crítico facilitado por la comunicación, que vigoriza las ideas donde quiera que se originen, son los objetivos que permiten la realización individual y colectiva.

Es indudable que esta forma de autogobierno ofrece múltiples facetas, mucho más complicadas que las propuestas en el siglo pasado, que sustentaron un determinado sistema de-

mocrático de vida. Pero como lo sostenía Dewey, la tarea de los que mantienen la creencia en la democracia, es revivir y conservar en pleno vigor, la convicción primera en la naturaleza moral intrínseca de la democracia. "Hemos avanzado lo bastante, sostenía Dewey, para decir que la democracia es una forma de vida. Tenemos todavía que comprobar que es una forma de vida personal y que proporciona un modelo moral para la conducta individual".

Veremos luego que la vigorización de las ideas críticas y, consecuentemente, la evaluación de las corrientes informativas, no es una conquista espontánea, y que nada tienen que hacer con maneras de pensar que surgen de ideas perimidas impuestas por los dueños de la verdad a través de las noticias, de la presunta información y hasta del aparente e inofensivo entretenimiento".

INFORMACION, NOTICIA Y ENTRETENIMIENTOS

Aquí transcribimos una definición más de la información: canalizada por la percepción, la información constituye el mensaje que nos procura ciertas precisiones con respecto a un acontecimiento determinado.

Se habla de precisiones respecto de un acontecimiento, lo cual implica el planteo de un interrogante previo, o de varios a la vez. ¿Cómo nacen estos interrogantes en la vida del hombre y qué persistencia tienen? ¿Cuáles son los motivos que los acrecientan o disminuyen hasta empalidecer y algunas veces borrarse totalmente de su conciencia?

Es durante la infancia cuando el ser humano se plantea con más frecuencia estos interrogantes sobre todo lo que le es nuevo, inquietante. En ese estadio del desarrollo físico y mental es cuando el individuo empieza a codificarse señales y mensajes. Es decir, a sustituir en su pensamiento un hecho por otro que de alguna manera representa al anterior. De este mo-

do va creando su escala de valores, no sólo de su mundo intrapersonal, sino del mundo que lo rodea. "Obviamente —dice Gregory Bateson—, en toda codificación se dan profundas modificaciones y, por cierto, el sentido exacto de la palabra codificación es transformación".

¿Es que el individuo realiza *per se* esta continua transformación en su escala de valores, de todos los hechos que transcurren a su alrededor? La experiencia y estudio de las ciencias del hombre indican que no; que está supeditado a las normas educativas del contexto familiar, social y escolar. De tal manera vive supeditado durante las etapas más decisivas de su desarrollo físico y mental, que ya en la madurez se lo considera casi inhibido para adoptar otras pautas culturales que no sean las configuradas por estos tres contextos sociales.

Esta no es una regla sin excepciones, pues como dice Ruesch refiriéndose a la maduración o posibilidades de cambio, "la adquisición de información y su renovación y corrección periódicas resultan esenciales para la supervivencia y el adecuado funcionamiento del individuo".

Sintetizando, diríamos que la maduración y cambio es difícil, pero no imposible.

Pero no es nuestra pretensión ahondar en la técnica de la comunicación terapéutica. Nos interesa señalar, en cambio, que hoy se conocen perfectamente las distorsiones producidas en los tres contextos que mencionamos antes, ya sea por deficiencias normativas de la vida familiar, ya por las intrincadas redes de prejuicios y falsos valores culturales que el individuo no puede sortear, o por la intransigencia de una formación escolar no condicionada al cambio que imponen los nuevos tiempos.

De allí la importancia, que por ejemplo, se asigna en la pedagogía a los materiales de formación que, como sostiene Juan Mantovani "nos llevan a distinguir los bienes de la cultura, que son los contenidos objetivos, y los bienes de formación, que es la parte de esos contenidos que se utiliza como ali-

mento para el proceso de desarrollo del ser que nos es dado naturalmente, de un lado, y de otro, fundamentalmente, el proceso formativo del ser que debemos ser. Y ese "debe ser" es tarea de la cultura y sus valores educativos, y esfuerzo del propio individuo que conscientemente procura de ese modo el ensanchamiento y la elevación de su personalidad".

Pero tenemos que ser objetivos y recordar, una vez más, que tanto las dificultades encontradas en el ambiente familiar, como su lucha permanente por adaptarse a las normas que le imponen la convivencia social (sobre las que generalmente existe una gran carga de conformismo), como así también su frecuente proceso educativo distorsionado, terminan por agotar en el individuo ese esfuerzo propio al que se pretende recurrir como panacea de sus males físicos y espirituales.

En este aspecto tampoco podemos fijar líneas de demarcación, puesto que para la mayoría de los fenómenos socio-culturales no existen unidades precisas que se puedan aplicar al análisis del método científico. No obstante, y ya que el proceso de la información es un componente de ese otro mayor que llamamos cultura, podemos convenir con Ralph Linton en que "es tan estrecha la integración entre individuo, sociedad y cultura, y tan continua su acción recíproca, que el investigador que intente trabajar con algunas de esas entidades sin tomar en consideración las otras dos, bien pronto llegará a un callejón sin salida. Hemos tratado de no llegar a ese callejón planteándonos precisamente, algunas preguntas que contemplan la situación de esas entidades que señala Linton y, por supuesto, teniendo en cuenta que para referirnos a la personalidad del individuo, no olvidaremos que "el individuo y su medio ambiente constituyen una configuración dinámica cuyas partes guardan una relación recíproca tan íntima, en tal interacción constante, que es muy difícil saber dónde se encuentran las líneas de demarcación".

Si hasta aquí hemos insistido, en cierta medida, sobre las posibilidades de cambio en un individuo o grupos humanos, a partir de una renovada información, esencial para la adecuada comunicación entre los distintos grupos, es necesario convenir en que "las necesidades del individuo son las que proporcionan los estímulos que regulan su conducta, y a través de ésta, son la causa del funcionamiento tanto de la sociedad como de la cultura". Este acierto puede confrontarse con cualquier empirismo. Y es importante, porque si en seguida nos proponemos examinar el contexto informativo de nuestro propio país, en términos de posible factor de cambio socio-cultural, tendremos que acomodar el foco de nuestro punto de vista, para no caer en la habitual creencia de que el proceso de cambio sólo depende del esfuerzo propio del individuo que procura ensanchar y elevar su personalidad.

Permítasenos el siguiente parecer sobre este panorama tan particular.

El advenimiento de la sociedad industrial es la nota dominante de nuestra época y Argentina se va adaptando a ese proceso de industrialización. En este sentido está cambiando.

Pero el problema que debemos considerar es que ese cambio no se da en forma total. Existen lo que podríamos llamar "islas" en cuanto al cambio. Hay partes "nuevas" y partes que siguen siendo como hace cincuenta años, en cuanto al desarrollo industrial.

Quienes viven en estas "islas" de desarrollo se adaptan a él. Los que habitan las zonas preindustriales no perciben la necesidad de aceptar el cambio.

Esto que llamamos cambio de mentalidad, que en definitiva es aceptar lo que viene impuesto por el desarrollo económico e industrial, no es la sola resultante del esfuerzo individual por comprender la nueva situación. La gente reacciona y actúa de acuerdo a los elementos, datos e informaciones con que cuenta. Y repetimos, esos elementos no surgen únicamente

de la comprensión individual, sino de la información que recibe todos los días por diversos canales.

Ahora bien, toda esa información, en este momento, está orientada a dar respuesta a los problemas que surgen a raíz del desarrollo industrial, la masificación del consumo, la vida en ciudades en continua expansión, la capacitación técnica de acuerdo con una industria en ascenso, centros de elaboración artística que generan nuevas interpretaciones de la realidad.

Mientras tanto, se dejan de lado a zonas importantes del país. Esto no significa llevar la oposición entre metrópolis e interior. Nos parece natural que en materia de información se atiendan los problemas más urgentes. De un modo indirecto, pero en una escala mucho menor, la influencia de las tendencias globales se reflejan en las comunidades del interior, por ejemplo. Por eso la gente está más obligada a pensar en sus problemas más inmediatos como es el pavimentar las calles, instalar agua corriente o contar con suficiente energía eléctrica. Si pretendemos sustituir estas necesidades sentidas por otras de tipo socio-económicas, sin cumplir las etapas previas de una correcta información, lógicamente encontraremos las consabidas resistencias al cambio de actitud que buscamos.

En el plano cultural sucede lo mismo. El acceso a muchas manifestaciones del arte y de la cultura, queda así supeditado a quienes pueden viajar hacia centros urbanos de mayor concentración demográfica. Por eso, individualmente, por más que se tengan grandes posibilidades de realización personal, si el medio no permite esa realización, el individuo se va o se queda supeditado al medio, sin muchas posibilidades de cambiarlo.

Por eso, cuando antes hablábamos de la facultad de interrogación sobre cualquier acontecimiento, es que suele ponerse en tela de juicio tal vigilia del intelecto, toda vez que se refiere a la cultura popular.

Conscientes del acondicionamiento de las masas, a merced de los medios por los cuales se alcanzan sutilezas insospechadas, se sostienen que no son las masas las que analizan per-

manentemente el valor de las informaciones que posibilitan esa vigilia o apertura de pensamiento, sino los grupos minoritarios surgidos como élites en el campo de las ciencias, las profesiones y las artes.

No nos asombremos, entonces, que los resultados de esa información muchas veces tengan efectos contraproducentes.

Lo que en comunicación llamamos "interactuación" significa que no hay que recurrir a explicaciones que puedan satisfacer a espíritus entrenados, sino a tipos de explicación capaces de promover actos que convencan y persuadan a quienes carecen de un entrenamiento especial. Se trata de dar a conocer y explicar acontecimientos a personas que necesitan percibir las condiciones históricas de sus actos. Para esto hay que penetrar el sentido de las realidades económicas vivas y estar preocupado por los modos de existencia de la gente.

Por otra parte, las necesidades del medio social, por más que a veces sean muy sentidas, no son siempre las que mueven el cambio socio-económico-cultural. Pero como acción cultural hay que partir de la base de lo que aparece como necesidad del medio, tomándolo como trampolín para orientar la información hacia objetivos que vayan más allá de los que tiene la gente a quien se dirige esa información. De esta manera se cumple con la idea de dar a conocer las condiciones históricas en que se desenvuelven las acciones humanas.

Esto es lo que podríamos llamar un sentido universalista de la información. Lo demás es acondicionamiento masivo ante los métodos y objetivos implícitos en los medios de comunicación masiva, los cuales conforman buena parte de la información suministrada en el tiempo libre.

No puede escapar a nadie que tales sutilezas ya no son privilegios de la propaganda política, sino que se han infiltrado con creciente impulso en el acondicionamiento para el consumo de los bienes materiales y culturales.

Con respecto al entretenimiento o distracción, considerados popularmente como una desintoxicación necesaria para las tensiones provocadas por nuestra era técnico-industrial, sim-

boliza con harta frecuencia, el mayor tiempo ocupado por el hombre, no sólo en sus horas de ocio, sino en los entreactos de su cotidiana labor, donde también penetran los efectos del acondicionamiento, neutralizando sus facultades de interrogación y de vigilia cultural.

Los medios como la radio, la televisión y el cine se encargan, la mayoría de las veces, de proporcionarle el pretexto. Un pretexto que se solaza con el aburrimiento y los estereotipos.

Sin embargo, creemos que tampoco es imputable a las masas su actitud pasiva frente a la mixtificación de la educación y la cultura, ya que la calidad unidireccional de los mensajes por ellas impartidos, sin posibilidades de respuesta, actúa como elemento de perturbación y freno en el proceso de aprendizaje de una comunicación satisfactoria.

Esta breve descripción de la realidad que percibimos, producto de comparaciones aparentemente odiosas, no tiene otro fin que el de medir, en adelante, las posibilidades que están al alcance de los grandes grupos humanos para llegar cierto equilibrio con las élites, en el consumo de información destinada a su integración cultural en el mundo moderno. No se quiera ver en tal pretensión el deseo de terminar con el entretenimiento puro y con la alegría y el placer que la distracción traen aparejadas. Es sólo que no vemos los motivos para que no se ponga el conocimiento y la técnica al servicio de ambos intereses, precisamente ahora que valoramos los peligros que encierran las sociedades altamente tecnificadas, donde sus miembros muestran estamentos de creadores, pero en afligente mayoría también, de meros usufructuarios de una cultura pensada por otros y hasta de esclerosos culturales.

Este no es el papel que le corresponde a una sociedad moderna. Y salvo que alguien admita la posibilidad de un imperio del racismo de la inteligencia, lo cual es otra aberración puesto que la técnica sólo se interesaría por el insumo de más y más inteligencia fresca, a expensas de generaciones marginadas del progreso y la cultura, la dinámica en la adecuación

de la información de los asuntos que realmente interesan a cada comunidad en particular y a la humanidad en general, se impone como norma fundamental del buen funcionamiento de todas las sociedades.

“Una democracia es tanto más sólida cuanto mayor volumen de información de calidad puede soportar”, ha dicho con razón Louis Armand. Sobre esa calidad volveremos más adelante.

Al servicio de tan grande posibilidad, cual es la comunicación masiva, adscribiremos solamente una observación que se refiere al acentuado equívoco de creer que las noticias impresas, radiofónicas o televisivas, proporcionan todo el caudal informativo que se necesita. Ya se ha visto, en principio, la separación semántica entre noticia e información. Y si bien es cierto, las noticias nos aportan el conocimiento de hechos recientes, sólo su procesamiento analógico con la percepción que del mundo de hechos anteriores tenga cada individuo, permitirá capitalizarla en su haber informativo. Expresiones como estas: “Estoy bien informado porque escucho todos los boletines de la radio” ya no tienen vigencia. Tales expresiones no señalan otra cosa que la falta de habilidad del hombre masa para llevar a cabo ese procesamiento analógico, producto de acciones específicas que como las de trabajar, divertirse, o, como en este caso, ampliar el panorama de su información, requieren aprendizaje y destreza, lo cual no es un esfuerzo circunstancial.

De esta manera se ha perdido lo que Pavese llamaba la “eternidad de los símbolos”, posibilidad de aprehensión que va desde el campesino hasta el más encumbrado intelectual.

CIENCIA, TECNOLOGIA Y MIXTIFICACION

Ha llegado el momento de preguntarnos si es despreciable o fue innecesario el progreso de la ciencia y de la tecnolo-

gía que hizo posible la transmisión de tan grande caudal informativo.

La ciencia es un proceso que examina constantemente los hechos del universo, sacando conclusiones, elaborando teorías y formulando todo un cuerpo de conocimientos ordenados que llevan a nuevos descubrimientos, de tal manera interminables. La tecnología toma muchos de esos descubrimientos y los aplica en la invención de nuevos elementos de trabajo, instrumentos, aparatos y herramientas que mejoran las condiciones económicas, sociales y culturales del hombre. Esto ha sucedido así desde los albores de la humanidad, dada la intrínseca naturaleza de observación y razonamiento que sólo el hombre posee.

En el transecurso de milenios, la invención de algunas máquinas y herramientas, si bien pudo haber causado asombro e inquietud en los espíritus no evolucionados, no alcanzó a frenar la inventiva del hombre que, progresivamente, fue encontrando las circunstancias propicias para la realización de nuevos progresos. Fue esa persistencia, más el método correcto de trabajo, más el momento o clima político y económico oportuno, lo que permitió en las dos últimas centurias la evolución científica y técnica. En nuestro siglo, el proceso industrial aceleró y agrandó ese clima de investigación, convirtiendo el proceso en una eclosión de geniales descubrimientos y aplicaciones, en el que es imprevisible establecer límites.

No obstante, hay quienes ensimismados con espejismos de irracionales y largos paréntesis de esta historia, creen ver en nuestra era técnica falta de poesía en la suplantación del trabajo manual por las máquinas. Ya no hay esperanzas ni emociones para los soñadores de nuestro tiempo, dicen. —¡Vaya falta de imaginación!—. La evidencia que cualquier profano puede alcanzar todos los días en las noticias periodísticas, relacionadas con los nuevos adelantos que esas máquinas y ese vasto cuerpo de conocimientos nos proporcionan, bastaría para demostrar hasta dónde puede elevar el hombre su imagina-

ción. Pero está claro: resulta muy difícil oír la poesía de la ciencia y de la técnica cuando no se la sabe utilizar en beneficio de la humanidad. Como dice Imbert-Nergal en "El fracaso de los brujos" —cómo colocarse al unísono de la poesía universal cuando se trampea con el universo y se lo deforma hasta la caricatura?

Quizás lo que no se comprende bien aún, es que la adaptación de las estructuras sociales y con ellas la organización del trabajo, la distribución de bienes y la ocupación del tiempo libre (que nos trajo el progreso científico), deben girar en torno a una realidad cambiante. No todos se han detenido a pensar que todavía a mitad de este siglo y en el apogeo del proceso industrial, la tranquilidad, el bienestar y la "poesía del mundo" de unos pocos, dependía de la esclavitud de millones de seres humanos.

En esta realidad, la de la era tecnológica importa, quiérase o no, la necesidad de más riqueza para distribuir; de mayores comodidades para disfrutar y de más tiempo libre para gozar de todos esos beneficios. Ya nadie puede detener estas apetencias de las sociedades, porque nadie puede contener el avance científico y tecnológico que las posibilitan.

Pero también se ha evidenciado la falla del Iluminismo que afirmaba que el progreso de la ciencia produciría las instituciones libres, disipando la ignorancia y la superstición, fuentes de servidumbre humana y pilares de los gobiernos opresores. Paradójicamente y por causas que explicaremos brevemente en cuanto al empleo de la ciencia y de la tecnología, la ignorancia se agudiza y la superstición tiende a suplantar, en muchos casos, al racionalismo de la ciencia.

Ante la falta de organización del cuerpo social para encauzar los triunfos de la ciencia en procura del equilibrio espiritual, muchos países caen en el conformismo y en la abulia imaginativa de sus habitantes. En ese momento nace la mixtificación de la ciencia. La astrología, el espiritismo y, en general, las ciencias ocultas, se ponen de moda. Los pontífices de

estas pseudociencias venden a buen precio las promesas del porvenir. No les preocupa el presente, que lo consideran herencia de la fatalidad. Sólo ofrecen las voces y premoniciones del ocultismo a una masa ávida de liberarse de lo desconocido y de la inseguridad. Y lo que es más aberrante aún, es la complicidad de muchos medios de comunicación que se prestan a la difusión de estas voces, escudándose en la aceptación popular de una información irracional que hacen pasar por entretenimiento pero que, por supuesto, les reporta suculentas ganancias.

Esta vergonzante utilización de la ciencia y la tecnología es lo que llamamos mixtificación.

Lamentablemente, cuanto mayor es la inversión exigida para la puesta en marcha de un medio de comunicación, mayores son los requerimientos de concentración de capitales dispuestos a satisfacer la demanda de standardización del consumo.

No vamos a entrar aquí en un análisis sobre los posibles regímenes jurídicos que en el futuro podrían evitar las distorsiones del proceso informativo. Pero como dice José Antonio González Casanova en su libro "El régimen jurídico de la televisión", "nos hemos hecho conscientes de que la libertad teórica del ciudadano consiste en llegar a tener una opinión como resultado de contrastar las informaciones recibidas desde distintos puntos de vista. A partir de este axioma, tenemos fundadas razones para pensar que, por lo visto y experimentado, quienes poseen los medios de información, la mayoría de las veces no son los que tienen algo que comunicar, sino los que han podido adquirir esos medios. —Ab uno disce omnes!..

Podemos decir, entonces, que el uso diario de estas formas de la tecnología en todas las clases sociales y en los términos de una leal información integrativa, corre por cuenta de la mayor o menor formación cultural que les ha tocado en suerte poseer, y no de la noticia-propaganda que tiende a persuadir y enajenar.

“Esta dilucidación —dice otra vez González Casanova— no es tarea fácil ya que como hemos visto, los hechos vienen comunicados en forma de comentario valorativo e implícito”. Imaginemos, entonces, el grado de discernimiento que deberían alcanzar las masas, para que en el futuro puedan alcanzar cierto paralelismo con las élites de poder.

Por otra parte, es un hecho que la formación cultural de los individuos genera la reorganización constante de las estructuras sociales y éstas, a su vez, los elementos cualitativos de las nuevas informaciones que reciben, en una interacción permanente. La noticia-propaganda, en cambio, provoca confusión y enajenación.

Al ser capaces de mantener en claro sus contextos históricos de la evolución, las sociedades adiestradas pueden evitar conflictos interpersonales y adaptarse mejor a los procesos de cambio. La elección de una ética informativa no debería dar lugar a dudas.

Sin embargo, si bien ha habido un aumento de la información en estos últimos cincuenta años, sus fines no han sido siempre los de servir a la auténtica integración cultural de los individuos. No por ésto la ciencia y la tecnología han dejado de tener sentido. Ambas aumentaron y mejoraron la comunicación, haciéndola más rápida y segura. Por su parte, Oppenheimer, que en un momento crucial de su vida rechazó ciertas actitudes de irresponsabilidad por el mal uso de los descubrimientos científicos, sostenía su fe en la comunicación humana y en la estrecha colaboración de todas las sociedades del mundo que deberían, finalmente, aceptarla como norma definitiva para la supervivencia.

Saber más para compartir más parece ser la única alternativa, entonces, que podría salvar a la humanidad de la comunicación total. Para ello no hace falta endiosar a la ciencia. Sólo se requiere acondicionarla, junto con la técnica, a estructuras sociales flexibles, que permitan a los hombres cultivarlas con amor y libre albedrío.

Louis Armand dijo con acierto en "Una sociedad en movimiento", "Las naciones, en un futuro próximo, van a diferenciarse mucho más por sus estructuras económico-sociales que por los instrumentos que emplean. Hoy día, la invención de un instrumento enriquece menos a una nación que una organización que le permita el buen empleo de ese instrumento".

LAS HERRAMIENTAS DE CULTURA Y EL HOMBRE ACTUALIZADO

En este punto del buen uso de los instrumentos puestos al alcance del hombre por la ciencia y la técnica para acrecentar su cultura es donde, seguramente, nunca será suficiente enfatizar concurrencias y discrepancias. Debe alertarse continuamente a las generaciones nuevas sobre los peligros que entraña el anquilosamiento socio-cultural, en cualquier parte del mundo.

Vivir en un mundo moderno sin querer ver el mal uso que de muchas herramientas de cultura hacen los hombres, significa haber perdido la gran posibilidad de análisis y de crítica de su contexto histórico.

Pero frente al paradigma de hoy: "saber más para compartir más" ¿cuáles son las posibilidades de análisis y de crítica que les cabe a las masas en esta ampliación del conocimiento?

Esa posibilidad, lo repetimos, no es un ejercicio de circunstancias, que nace con el hombre como un don sobrenatural. Debe ser ejercitada mediante la información sistemática, continua y analítica; utilizando las técnicas posibles en el ambiente en que se vive, pero teniendo bien claro que el público no se salvará del acondicionamiento por actos heroicos, sino por la toma de conciencia de que sus requerimientos son condicionados por motivaciones no siempre claras.

Podemos definir este postulado como necesidad del aprendizaje para la comunicación.

Todos los individuos deben aprender partiendo de cero. Este aprendizaje comienza en la familia, continúa en la escuela, en los grupos sociales, en la universidad y se prolonga a través de toda la vida.

Nos diferenciamos de los animales precisamente en que, si bien nuestro comportamiento al nacer, no es tan innato, nuestra capacidad de aprender es infinitamente mayor. Pero es aquí cuando debemos pensar que la herencia cultural no penetra en el individuo a través de los genes que lo conforman en otros aspectos, sino que está condicionado por la oportunidad de información y aprendizaje que tenga en suerte vivir. Ya lo dijo Comenio en el siglo XVII: "...La naturaleza humana es toda actividad y por ello capaz de fundirse en cualquier dirección. Es apta, pues, a ser cultivada. Eso es evidente porque forma parte de la naturaleza en general que no sabe estar inactiva, lo cual se demuestra por medio de la inducción de todas las actividades naturales. El agua fluye desde la vertiente hacia donde se le facilita el desagüe. Si no se da este desagüe ella lo encuentra por sí misma y causa inundaciones...".

Notemos, sin embargo, que es esa misma posibilidad de inducción de todas las actividades naturales, la que también nos hace diferenciar de las máquinas, a quienes los profanos les imputan designios maléficos, cuando en realidad es el hombre, espíritu inductivo, el que siempre estará aportándole todas las informaciones para que actúe en su nombre.

De allí que el hombre —como dice Dueroq— encarne al ser que logró conquistar la información, parte fundamental de las comunicaciones para una cultura integral.

Vamos a ver luego que este aprendizaje para el buen uso de la información, como lo hemos estado esbozando hasta ahora, está directamente inserto en el proceso educativo, y que la educación es el único camino posible para el individuo en su bien pretendida interacción social. Sólo que no puede haber correcta educación allí donde se imparten técnicas de informa-

ción que no desarrollan la capacidad para confrontar opiniones encontradas. Donde —como dice Mario Bunge, refiriéndose a la filosofía de la ciencia— afirmar y asentir es más fácil que probar y disentir. Sin esta última posibilidad es evidente que jamás podrá haber auténtica comunicación en las sociedades.

“Si se quiere mejorar la comunicación en una sociedad que, como la democrática, reclama fundamentalmente la efectiva participación de cada uno en los intereses comunes y que todos sientan lo común como cosa de todos, las actividades anteriormente nombradas exigen el desarrollo de una habilidad especial y propia en cada caso. En las corrientes actuales del pensamiento y la experiencia, tanto en psicología social como en educación general, se parte de esta premisa, que es esencial para una sociedad de masas, cualitativamente diferente en lo que se refiere a la comunicación: las habilidades para comunicarse pueden adquirirse, desarrollarse y mejorarse. La escuela debe enseñar a vivir en sociedad, ofreciendo las técnicas concretas que permitan comunicarse mejor. Esto es aún más exigible en una sociedad de múltiple comunicación, en la que el factor personal —existente en las sociedades anteriores— ha sido reemplazado por elementos mecánicos (periodismo, radio, televisión, etc.), peligrosos cuando la intención comunicadora se propone objetivos contrapuestos a la vida de la comunidad”. El profesor Juan Mantovani, de quien es la cita, remarca la actualidad de las nuevas herramientas de cultura en el proceso educativo. Herramientas a las cuales, por experiencia propia, les atribuimos la importante falla de estar condicionando el consumo de cualquier artículo (sea material o cultural) en los centros de mayor concentración humana, descuidando las expectativas de las otras partes del país que, como dijimos al principio, permanecen fuera de tan importante integración universalista del momento histórico que estamos viviendo.

Todo ésto y mucho más es lo que nos hace responsables del buen uso de la información, para nosotros y para el resto

de las personas con quienes interactuamos, conscientes o inconscientemente.

Esta responsabilidad, en consecuencia, no sólo recae en los educadores, en los líderes culturales y en las empresas que se crean para proporcionar tales herramientas de cultura y educación, sino en los que transmiten por todos los medios de comunicación masiva y en la que cada individuo, por su relación social y al cabo de cierto aprendizaje se coloca en posición, a su vez, de transmitirla.

Pero así como la oclusión científica y tecnológica aceleró y amplió la función informativa, su misma dinámica, su actual estructuración económica y la evidente diversidad de culturas que pueblan el mundo, le conquistaron ciertas enfermedades que llamamos tabúes de la información. Consideramos que para su saneamiento deben desaparecer o mitigarse cada vez más esos tabúes de la información, a fin de que el hombre pueda actuar en un mundo más auténtico, librando su batalla contra el azar y la casualidad, y creando al mismo tiempo, los sistemas y las organizaciones aptas para culminar su dominio sobre la realidad de su contexto histórico.

TABUES DE LA INFORMACION

No hay impedimentos técnicos para la circulación de mensajes a través de los modernos medios de comunicación. Pero sí existen muchos factores socioeconómicos-culturales que impiden la formulación de una ética informativa, ante la falta de interrelación de informaciones fácticas.

Inventos como el telégrafo y el teléfono iniciaron la primera etapa por aparatos, de las comunicaciones a distancia. A éstos se agregaron después la radio y la televisión, medios con los cuales la posibilidad de dar y obtener información al instante cumple las expectativas más exigentes del mundo actual. Dijimos expectativas, pues sus connotaciones sociológicas

y psicológicas son tan poderosas, que conviene no olvidar que estas posibilidades de la técnica, son las que también hacen ganar o perder elecciones; aumentar o reducir la popularidad de los dirigentes; triunfar o fracasar revoluciones. Son las que permiten la penetración de ideologías; la conquista de creyentes y la instauración de regímenes políticos, allí donde pareciera que las barreras físicas son seguridades monolíticas.

Sin embargo, cuando se creía que la televisión zonal había marcado el último hito de las conquistas tecnológicas, ya se ponen en marcha los métodos técnicos y jurídicos para que, a través de sateloides, pueda convertírsela en mundo-visión. Muy pronto, en un instante, podremos sintonizar imágenes provenientes del extranjero, tal como hacemos con las emisiones de radio.

Es con pesar que observamos, no obstante, que todos estos medios son utilizados, cada vez más, como instrumento de penetración ideológica y, lo que es más lamentable aún, como medios de evasión, para "matar el tiempo", como si el tiempo libre fuera una rémora de la tecnología que lo posibilita, y no el corolario de una era que está marcando el final de la servidumbre humana.

En este aspecto, la gran empresa de información y cultura que puede (y debe) realizarse por estos medios, adquiere dimensiones planetarias. Aún contra todos los obstáculos que imponen las distintas organizaciones sociales, con su jurisprudencia rígida y anaerónica.

El feedback, ese amplio tapiz en el que las nuevas mallas de necesidades-efectos-necesidades, se injertan sobre aquellas que constituyen el cañamazo principal, y luego capa sobre capa entre desarrollo técnico y requerimientos humanos de mayor y mejor información, está en marcha desde el mismo momento en que fueron posibles las comunicaciones a distancia.

Si esto no sucede realmente, no es por culpa de las masas apetentes, sino de los grupos que detentan la posesión de los medios de comunicación, que no comprenden el valor que

para su futura subsistencia tiene la opinión pública, nacida del proceso dialéctico entre los estratos más dinámicos de esas masas.

Pero veamos ahora: ¿tiene mucha importancia esta reorientación entre desarrollo técnico, económico, cultural o informativo?

“Vivir de manera efectiva —ha dicho Norbert Wiener en su libro “Cibernética y Sociedad”— significa poseer la información adecuada. Así, pues, la comunicación y la regulación constituyen la esencia de la vida anterior del hombre, tanto como su vida social.

Se pueden mencionar muchos factores que se oponen a la posesión de la información adecuada: secretos que por razones de seguridad guardan los Estados celosamente y que impiden la intercomunicación de los mismos científicos; falta de centros de documentación o vías de intercambio en el mundo de la ciencia, donde equipos enteros de países distintos trabajan en investigaciones paralelas, etc. Pero el que para los fines de este ensayo consideramos más grave y menos justificable, es el imponderable desconocimiento de los avances y significados de la ciencia y la tecnología y su real utilidad para bien de la humanidad, precisamente en las masas, cuya subsistencia depende casi exclusivamente de esta colosal aventura intelectual. No es difícil establecer que éstas son causas más que suficientes para producir y agravar el desequilibrio socio-cultural que hoy observamos en el mundo.

Retrocedamos un instante a una consideración técnica. El mismo Wiener consideraba ya a las comunicaciones en sí como un juego, en el que participaban el locutor y el oyente contra las fuerzas de confusión, representadas por las dificultades corrientes de las comunicaciones y por algunos individuos que tratan de interferirlas. ¿Qué puede decirse de los factores señalados anteriormente, mucho más poderosos, que interfieren en la información destinada a la integración cultural de las sociedades?

Desgraciadamente, tal como se presentan hoy las crisis de las ideologías políticas, los secretos científicos parecen ser una necesidad creciente. Las tensiones políticas e ideológicas hace tiempo que echaron por tierra aquella utópica idea de Comenio de crear un sitio, en el cual periódicamente se reunieran los sabios del mundo para aquilatar sus descubrimientos y ponerlos a disposición de todas las naciones. Y aunque la Unesco propicie reuniones de sabios y especialistas internacionales, sus resultados distan mucho de aquella proposición que, análogamente, frustró una guerra civil.

Pero lo que no puede admitirse, a esta altura del desarrollo científico, es la interferencia de grupos, individuos o empresas, dedicadas a negar o tergiversar la información, al solo efecto de que no se comprenda la importancia que tienen los cambios o adecuaciones estructurales políticas, económicas y culturales en la sociedad moderna.

En todo momento culminante del progreso de la historia de la humanidad se ha notado la adhesión voluntaria y solidaria de los hombres de la época. Esa adhesión voluntaria no pudo ni se podrá lograr si no es merced al razonamiento sobre la conveniencia de la identidad con objetivos comunes. Esos objetivos comunes, como hemos visto, tienen que ser claros, concretos, y deben ser de conocimiento de todos y cada uno de los integrantes de una comunidad, sin lo cual no habrá auténtica comunicación.

Si además de las motivaciones ya no tan ocultas que hemos señalado, se usan los medios de comunicación como la radio, el cine y la televisión para "matar el tiempo", se demuestra la incomprensión o el desconocimiento de la naturaleza dinámica del hombre, aún en el pleno descanso.

Como lo aclaramos antes, esta posición no significa que estamos por la abolición del entretenimiento. Pero aún en el supuesto de que el Estado o las empresas particulares tomen a su cargo la tarea de promover la recreación para ocupar el tiempo libre en distraer a la masa sanamente, la distracción implica

la obligación de que alcance un nivel óptimo de calidad, objetivando las expectativas espirituales y ampliándolas con sentido universalista. En este nivel se impone una inteligente política de formación que, lejos de señalar límites a la libertad, supone ciertas formas de disciplina colectiva necesarias en la organización social.

Esta tarea no puede librarse al azar ni considerarse aislada del contexto socio-económico del país. Este momento culminante del progreso significa el entrelazamiento de posibilidades científicas, técnicas, culturales y espirituales en general.

“La revolución industrial de nuestros días es, en realidad, parte de una más vasta revolución científica y técnica que, al contrario de otras anteriores en la historia del pensamiento humano, sólo puede ser la obra de una gigantesca pirámide de creadores. No habrá ya progreso en la industria nacional ni en la técnica agrícola sin miles de investigadores en ramas aparentemente muy alejadas de la industria y la agricultura; sin institutos técnicos y universidades que busquen al joven, sin esperar que éste llame a sus puertas; sin escuelas primarias dotadas de notable instrumento y cuerpo docente e inspiradas en profundo sentido experimental” (“La realidad argentina en el siglo XX” de Sergio Bagú). Pero estos jóvenes no podrán encontrarse en una sociedad donde se retacea la información sobre los objetivos nacionales; sin metas claras de desarrollo económico-social; sin información sobre las posibilidades de campos de trabajo y, lo que es más, sin una educación adaptada a los cambios que imponen la ciencia y la técnica. Puede imputárseles cierta apreciación no totalizada al respecto. Hasta puede decirse que éstos son tabúes artificiales impuestos a la información. Llámese desidia, imprevisión o falta de política cultural coherente, lo cierto es que tales deficiencias existen en nuestro país. Invitan, consecuentemente, a tomar conciencia de que la información y la formación son los únicos bienes que tienen hoy los países llamados “periféricos” o “en vías de desarrollo”, para capitalizar sus propios esfuerzos, en

procura de un bienestar que no les traerá la tecnología *per se*.

El hombre común, ese hombre masa que hoy se manifiesta alienado por la técnica que no puede aprehender y por una cultura marginada de la realidad y del contexto histórico que vive la humanidad, no puede ni debe quedar a la expectativa de ese progreso. Debe adquirir él también el sentido experimental de los que hacen la ciencia y llevarlo a la práctica para cada acto y momento de su vida. Uno tras otro irán cayendo así los tabúes de la información.

EL SENTIDO DE LA INFORMACION Y EL METODO CIENTIFICO

Al llegar hasta aquí no se nos escapa que hemos esbozado numerosos términos usados en comunicación humana sin reparar en mayores aclaraciones técnicas al respecto; que hemos girado en torno a problemas de esa comunicación poniendo énfasis, solamente, en aspectos semánticos de un componente muy especial, motivo de este análisis: la información. Tratamos de imbricar esas dilucidaciones en un modesto planteo ontológico, deteniéndonos un poco más en consideraciones sobre la importancia que la ciencia y la tecnología tienen en su relación recíproca con la información. Se trata, pues de una ligera exploración en un campo tan apasionante como es nuestra idea de extender el método científico al uso de la información humana. Para ello incursionamos, con algún análisis, en la importancia de los medios de comunicación de masas, productos del desarrollo de ese mismo método en otras latitudes del conocimiento.

El apremio por examinar nuestra realidad de acuerdo con los resultados de esta exploración, nos excusará de algunas omisiones más concluyentes.

Por eso nos planteamos ya una proposición que si bien no nos pertenece, la consideramos como el patrocinio irreversible para examinar nuestro propio contexto informativo.

Refiriéndose a la extensibilidad del método científico, en un agudo análisis del doctor Mario Bunge sobre "La ciencia, su método y su filosofía", leemos: "Para elaborar conocimiento fáctico no se conoce mejor camino que el de la ciencia. El método de la ciencia no es, por cierto, seguro; pero es intrínsecamente progresivo, porque es autocorrectivo; exige la continua comprobación de los puntos de partida, y requiere que todo resultado sea considerado como fuente de nuevas preguntas". Más adelante agrega que, además de las ciencias aplicadas, el método de la ciencia debiera aplicarse "en toda empresa humana en que la razón debe casarse con la experiencia; vale decir, en todos los campos excepto en arte, religión y amor". Y luego se cuestiona: "—Es dogmático favorecer la extensión del método científico a todos los campos del pensamiento y de la acción consciente?". Al plantear la cuestión en términos de conducta, concluye... "el partidario del método científico no se apegará obstinadamente al saber, ni siquiera a los medios consagrados para adquirir conocimiento, sino que adoptará una actitud investigadora; se esforzará por aumentar y renovar sus contactos con los hechos y el almacén de las ideas mediante las cuales los hechos pueden entenderse, controlarse y a veces reproducirse". ¿Puede pedirse mayor rigor para ese proceso de *Feed-Back* que en psicología humana entendemos como ida y vuelta de los mensajes con cambio de comportamiento, y en el cual la información y evaluación de los mensajes, es condición indispensable?

Veamos ahora el pensamiento de John Dewey, a propósito del método científico para la toma de conciencia de la realidad, pero ya en vinculación directa con la educación: "La ciencia como método —dice Dewey— debe impregnar todas las materias escolares. Como método es el espíritu vivo, que realiza la formación y comprobación de creencias en todas las materias. Como método, es directo respecto a la autoridad de la evidencia obtenida de la actividad experimental para instituir las observaciones que tienen la fuerza de evidencia, y es eva-

luación superior de ideas como medio de interpretar y organizar los hechos autenticados por la observación controlada. La ciencia sólo puede crear los valores inherentes en ella como método en cuanto sea espíritu vivo para tratar todas las materias, engranada en todos los procedimientos del aprendizaje. Existe una diferencia radical entre un cuerpo de hechos y principios, independientemente de cómo hayan sido establecidos por las investigaciones de otros, que se dan y que se aceptan ya hechos, y los hechos y principios que se han desarrollado mediante experiencias vivas bajo la dirección del método científico. Lo primero constituye una carga de información. Lo segundo informa, en el sentido de ser la forma fundamental de toda respuesta intelectual en todas las materias".

Estimamos, sin necesidad de entrar en mayores detalles de este juicio, que ambas prácticas deben ingresar, definitivamente y con urgencia, por la puerta grande de nuestra educación y cultura, a fin de que podamos tomar conciencia de nuestra realidad.

EDUCACION, CIENCIA Y TECNOLOGIA: NUESTRA REALIDAD

Hemos visto que para la toma de conciencia de la realidad socio-cultural es necesaria una formación permanente. Esta formación se refiere tanto al campo de la enseñanza como, también, al de la educación de adultos donde, precisamente, no se ha puesto el debido énfasis en nuestro país.

Uno de los sentidos esgrimidos por la última revolución caecida en el país preside la recusación del descreimiento y la desmoralización, de un gran sector del pueblo sobre sus perspectivas de avance, en un mundo en constante cambio, aunque se reconocen e identifican algunos de los motivos de ese fenómeno.

El proceso de frustración de algunas clases sociales argentinas es profundo, y está conectado a alternativas históri-

cas, económicas y políticas que no son motivo de este ensayo. Lo cierto es que existe, aunque necesario es decirlo, se debe a la falta de clases dirigentes que debieron asumir sus responsabilidades en los momentos históricos y no lo hicieron. Así, los grupos que detentaron el poder, no demostraron la formación necesaria para resolver los problemas socio-culturales del país, ni la comprensión adecuada de las situaciones de cambio que se iban produciendo. Mientras tanto, la revolución tecnológica y su problemática reflejada en el campo de la economía, los métodos de organización y cultura los envolvió en una maraña de marchas y contramarchas perjudiciales para el destino de grandeza que se espera de Argentina.

Esta situación se refleja, con intensidad fácil de advertir, en todos los niveles de la enseñanza.

Por ejemplo, relacionado con las estructuras educacionales, el problema aparece más agudo en los niveles de enseñanza media, donde los viejos moldes "impiden al estudiante, después de dos o tres años de escuela, realizar una experiencia vocacional que le permita escoger los estudios que lo conduzcan al tipo de actividad ocupacional o profesional que responda mejor a sus intereses, posibilidades y aptitudes" (Nicolás M. Tavella en "La orientación vocacional y la Universidad"). Ciertas tendencias a concretar la caducidad de ciclos experimentales de bachillerato, de institutos de arte y otros de educación técnica, o a centralizarlos en ciudades de mayor concentración demográfica, harían perder la oportunidad de integrar vocaciones y aptitudes a las auténticas necesidades de cada región donde se efectivicen esas medidas.

Prosiguiendo con los enunciados del profesor Tavella, coincidimos en que "A su vez, si el Estado mantiene una estructura política y educacional que no estimula una conciencia social acorde con las nuevas necesidades del país y de la sociedad y no crea las condiciones favorables para el ejercicio de aquellas profesiones o actividades que considera fundamentales para su desarrollo y progreso, mal puede la orientación voca-

cional remediar un estado de cosas cuya modificación escapa a los resortes de la misma”.

Lo mismo puede asegurarse aquí con referencia a los contenidos de la información que a través de cualquier medio se canaliza, no sólo a la población estudiantil del país, sino a esa gran masa de adultos que, en cierta etapa de la vida, aún desean adquirir nuevos conocimientos para orientar ocupaciones en otros campos de la actividad.

Es así como en la realidad, mucha gente está más informada de las virtudes de las últimas máquinas lanzadas al mercado, por ejemplo a través de la propaganda, que de lo que se puede esperar de esas máquinas y su técnica en un proceso de industrialización incipiente como el nuestro. La tecnología así no tiene sentido, a pesar de ser la dinámica de nuestro tiempo. Por otra parte, una dinámica sin la comprensión de sus valores y de su futuro, es como un espectáculo de marionetas: bonito como espectáculo, pero carente de la vida y pasión que le dan al esfuerzo representativo los seres de carne y hueso. Sobre este punto volveremos cuando nos refiramos a la divulgación de la ciencia. Por ahora, sólo nos remitiremos a uno de esos nuevos (para nosotros) métodos de enseñanza que utilizan la tecnología como instrumentos de comunicación.

En la aplicación de medios audiovisuales para la enseñanza, por ejemplo, el arrojo con que muchos educadores se lanzan a la conquista del asombro de los educandos, contrasta dramáticamente, muchas veces, con los magros resultados obtenidos. La mayoría de los educadores suelen operar como miembros acondicionados por la propaganda o la novedad, a fin de no perder el tren de lo moderno. Algunos, entonces, se ocupan más por causar asombro que por conquistar el conocimiento básico de la comunicación personal para transmitir información de acuerdo al método científico que venimos preconizando. El asombro por la tecnología, sin comprensión de las experiencias que se transmiten, no incentiva el razonamiento ni mueve al logro de nuevos canales de información. Mien-

tras tanto, esa tecnología queda sin aprehenderse y como uso privilegiado de los que han decidido calificarse como sus maestros.

No desconocemos la importancia de las máquinas que sirven al aprendizaje. Es muy importante poseerlas y utilizarlas. Pero las máquinas no lo son todo, sin la participación activa, programada y consciente de los educadores.

Está muy bien la impaciencia de maestros y profesores por contar con laboratorios y departamentos tecnificados. Pero lo que importa, al mismo tiempo, es la transformación o adecuación de los métodos y medios a nivel nacional, teniendo en cuenta la creciente complejidad de los conocimientos que cada día deben recibir los educandos.

Por otra parte, esta complejidad de conocimientos implica una adecuación constante en la vida adulta que no se termina nunca, y sobre al cual los organismos de educación y cultura deberían fijar su atención y asignarle los presupuestos necesarios.

La tercera Conferencia Interamericana de Cancilleres que se llevó a cabo en Buenos Aires, en febrero de 1967, señaló la importancia de este problema al incluir en el punto V de la nueva Carta de la OEA el rubro "Desarrollo Educativo", según el logro de algunos de los siguientes objetivos: aumentar la capacidad de los establecimientos de enseñanza media y mejoramiento de sus programas; intensificar la alfabetización de adultos; ampliar el programa de enseñanza técnica vocacional en diversos niveles y especialidades, con la finalidad de aumentar la formación de mano de obra calificada y semicalificada; aumentar la investigación educacional y el uso de técnicas modernas para mayor eficiencia y efecto de los programas educativos. Sobre ciencia y tecnología, entre otros tópicos se decidió: Establecer los mecanismos necesarios y asignar los recursos requeridos para que se formulen y ejecuten políticas y programas en tecnología y ciencia, integrado por los planes globales de desarrollo económico y social. En cuanto a la infor-

mación se dejó expresamente establecida la necesidad de considerar la posibilidad de crear procedimientos para promover el intercambio de informaciones y de conocimientos sobre tecnología y ciencia.

Nos preguntamos ahora: ¿no es imprevisible objetivar estas necesidades con educación programada, divulgación de nuestros avances científicos y una planificación de la cultura a nivel nacional, con los medios de comunicación masiva, sin entrar a considerar la política estructural que para los mismos se haya adoptado? Porque sólo una cosa es más importante, y es que la educación y la cultura, como se ha dicho una y mil veces, reditúan intereses, siempre que se fijen objetivos reales y acordes con las necesidades del país.

Un ejemplo significativo puede extraerse de la falta de una auténtica política educativa en los niveles de la enseñanza media, en nuestro país, en relación con su desconexión de las necesidades reales, leyendo el informe que sobre “los recursos de nivel universitario y técnico en la República Argentina”, produjo el Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Torcuato DiTella. Aunque con datos obtenidos hace ya seis años, estimamos, no sin ciertas evidencias, que las condiciones, resultados y demandas no han variado mucho en este lapso. De la lectura se desprende que, con respecto al descenso de egresados con preparación científica y técnica, los lapsos coinciden con el mayor incremento de las aplicaciones tecnológicas en los planes de desarrollo de los países más adelantados del mundo. Con respecto a la interrelación entre información, tecnología y desarrollo, encontramos la siguiente coincidencia referencial: “El sistema educativo —dice el informe en cuestión— debe ir abandonando, si es que no se ha cristalizado, el entrenamiento de personal para funciones absolutas o realmente inexistentes, ya que ello implica un derroche de fondos y de tiempo y sólo produciría personal frustrado que actuaría como resistencia o barrera para el desarrollo económico”.

Nos hemos referido con alguna extensión a nuestra realidad socio-cultural en relación con nuestro incipiente desarrollo tecnológico, conectándola con importantes carencias de nuestros programas educativos, tanto en sus contenidos como en sus formas, señalando el parecer de los especialistas en la materia, que reclaman la urgente simbiosis de una adecuación integral entre incremento de la educación, elección correcta de carreras e incuestionables requerimientos de información en todos los niveles sobre este proceso tan vital para el país.

No debe olvidarse, también, que de no variar la situación apuntada, muy pronto nos encontraremos (si no está sucediendo ya) con una carencia crítica de educadores en todos los niveles, encargados de formar a las nuevas generaciones de estudiantes los cuales, no obstante, estarán aún más en contacto con el progreso técnico y científico. Este hecho les hará perder no sólo el sentido crítico de las situaciones en que se vean comprometidos, sino la visión total de un mundo que nos obliga a observar, desde distintos ángulos, la realidad cambiante.

Coincidimos con quienes aseguran que tanto o más importante que construir escuelas y universidades, es la revisión de los métodos y contenidos de la enseñanza, junto a una planificación de recursos y prioridades económicas que superen los índices actuales, a fin de darle al país las especialidades que está necesitando. También para ésto hay que compartir una información clara de lo que acontece.

Quienes deseen profundizar este aspecto del problema, directamente relacionado con la obsolescencia académica en las universidades argentinas, puede remitirse al meduloso trabajo del ingeniero Rubén de Carli, publicado en la revista "Ciencia e Investigación", órgano del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Planteado en términos esenciales, el profesor de Carli se cuestiona y responde así a los interrogantes del circuito formación-información para estar actualizado:

¿Es suficiente que el graduado se actualice con la lectura de artículos y libros, en la forma más o menos desordenada con

que éstos llegan a su alcance, o en función del tiempo que su actividad diaria le permite disponer? Entiendo que no; creo que es necesario poner al profesional en contacto con un conjunto orgánico de conocimientos, didácticamente presentados, dosificados y clasificados, de modo que sea un verdadero puente científico entre su ciencia de ayer y los mejores adelantos de hoy”.

Creemos innecesario abundar en más detalles sobre el sentido de la información en el mundo de las profesiones.

DIVULGACION CIENTIFICA Y COMUNICACION DE MASAS: NUEVO PILAR DE LA INFORMACION

La prolongación de la vida más allá de los sesenta años, agudiza la importancia que tiene la información en el mundo de los adultos que carecen de especialidades, de profesiones y hasta de una educación media que les permita comprender el mundo en que viven. Una mayoría incalculable deberían transcurrir esa edad con la conciencia de que están correctamente ubicados en el mundo. Que no se han quedado en el camino. Que pueden ayudar a los jóvenes a provocar el cambio en cualquier sitio en que viven. En otras palabras, ellos también deberían percibir la realidad en todos los órdenes, influenciada por la ciencia y la tecnología.

Acaso esta necesidad de unir una actitud racional del mundo de los adultos a las fuerzas creadoras de la juventud, sea también una constante del verdadero sentido de la información y no de la mera noticia. Sea como fuere, los medios de comunicación de masas no pueden permanecer ajenos a este imperativo de nuestro tiempo.

Para la gran mayoría de los individuos, la información recibida por estos medios es de vital importancia. Sin ella nuestra cultura quedará cercenada por donde más duele: el desarrollo total de las comunidades como actitud de cambio voluntario y consciente.

La información transmitida por la palabra impresa, o por la palabra y la imagen, juegan hoy el más importante papel en la cultura de masas, siempre que esa información no se convierta en mera propaganda o noticia.

Si por otra parte convenimos en que, como dice Bunge "La cultura social y personal se tornan, en suma, cada vez más científicas", resulta comprensible la importancia que tiene la divulgación de la ciencia y el gran debate que sobre todos los problemas sociales la evolución técnica nos presenta diariamente.

Los nuevos conocimientos que a diario aportan la ciencia y la tecnología revolucionan los conceptos y las estructuras mismas de las instituciones tradicionales. ¿Cómo no ponerlos en conocimiento de la gente, precisamente inmersa en esta revolución?

Debiéramos estar bien atentos a estas afirmaciones: de todos los hombres de ciencia e investigadores que han existido, el 90 % vive y trabaja en la actualidad. En un mundo en rápida evolución, la actividad científica se intensifica en un 10 por ciento cada año, es decir que llega a ser el doble cada diez años. Mientras en 1850 no existían más de 1.000 revistas científicas, en la actualidad se publican cerca de 100.000".

Pero también tenemos que comprender en todos sus alcances esta paradoja: "Existe un gran abismo entre el hombre de ciencia dedicado a su especialidad y el gran público; un abismo de peligros tanto para nuestra civilización como para la ciencia misma. Porque ésta, cuya razón vital es la de suprimir la magia y el misterio, ha creado su propia magia y su propio misterio".

No creemos en el racismo de la inteligencia. Ningún científico con bases morales puede creer en este racismo. El mismo Bunge sostiene que "la comunicación de los resultados de la ciencia y de las técnicas no sólo perfecciona la educación general, sino que multiplica las posibilidades de su confirmación o refutación". Y aunque se refiera a la información para quie-

nes hayan sido adiestrados para entenderla, ya nadie discute que la ciencia es comunicable al gran público, mediante la información inteligente y clara que pueden proporcionar sí, los que adoptan el método científico de la información.

¿Qué ocurre, pues, con los canales de esa información?

Quien medite un poco a propósito de la influencia de esos canales de información, resumiendo las constantes que en ellos se dan como valores positivos, salvo raras excepciones, deberán sentirse inquietados por el pobrísimo balance que arrojan en procura de un mayor acercamiento entre público y ciencia. Radio, cine, televisión (la prensa escrita quizás en menor medida) por lo menos en nuestro país, permanecen aún ajenos a este problema, preocupados por una actitud persuasiva tendiente a mantener el *status* cultural que, en definitiva, es ajeno a la comunicación misma. Todo hace pensar que los hechos nos llevan a este nuevo tipo de racismo.

A nadie escapa la cantidad de términos científicos y técnicos que usa la gente, con total despreocupación por su significado, y el no menos importante número de personas que los oye por primera vez en la jerga de nuestros especialistas, sin que sepan jamás la verdadera relación que guardan con su cotidiana existencia. Todo se les aparece así como una lengua extraña, creada caprichosamente para propio lucimiento de los intelectuales y a la cual nunca tendrán acceso.

De esta confusión no es responsable el público. Pero aunque los científicos en sus necesidades de abstracción deben crear su propio lenguaje, tampoco lo son ellos. Eso sí; se los mira como *rara avis*, de quienes necesariamente deben esperarse palabras y explicaciones difíciles de entender. De tal modo, la información entre científicos y profanos es cosa corriente.

Pero hay que considerar aún otro problema, que surge entre las mismas personas que usan términos y conceptos científicos que la información no competente lanza constantemente al mercado, provocando confusión y polémicas estériles. Si la primera situación es peligrosa, no lo es menos la segunda, ya

que a través de las relaciones humanas es donde se fragua la cultura de una sociedad. Y si esas relaciones están minadas por un erróneo entendimiento de los problemas, al referirnos a la ciencia y la tecnología que convulsionan esas relaciones por su misma gravitación, conviene meditar si este problema de incomunicación puede hacer tambalear, algún día, a la ciencia misma.

Hablamos de los mitos de la información. He aquí un ejemplo más en este descubrimiento casi mágico que de la ciencia hace la gente, merced a un bombardeo de noticias sorprendentes y sensacionalistas de los medios de comunicación, carentes de objetividad a veces, cargadas de impacto emocional otras, a las que son tan adeptos muchos periodistas no especializados.

La información fragmentada de un acontecimiento científico o tecnológico es tan contraproducente como la ausencia misma de información. El hombre masa está asediado por similares de todo tipo, que recurren a los instintos más condicionados de su conducta, en procura de previsibles respuestas. Lo contrario es inseguridad y temor. Y éstos son estímulos cuya vigencia también goza de libre circulación, cuando se pretende reemplazar el esfuerzo por comprender, la actitud racional y la confrontación de los hechos, por la voluntad de *lo posible* sin la actitud crítica.

La información, en la mayoría de los casos y muy especialmente en el campo científico, no proporciona el conocimiento intrínseco de los acontecimientos cuando se la da nada más que con carácter periodístico rentable. Esto, necesario es repetirlo, resulta tanto más perjudicial, cuanto que separa a la ciencia de su verdadera finalidad, que es la supresión del hombre mismo, temeroso y esperanzado a la vez; que usufructúa los descubrimientos, pero que ve en los científicos a los pontífices de una nueva religión. Religión que puede —piensa, según su grado de acondicionamiento— acabar con él, con sólo apretar un botón.

Los científicos deben informarnos y hasta guiarnos con actitudes filosóficas. Pero cabe a los medios de comunicación la responsabilidad de ir cerrando el camino entre ciencia y público, a fin de neutralizar la angustia y la confusión.

Millones de personas no pueden volver ya a la rigidez o disciplina de un aprendizaje sistematizado, por razones de tiempo, edad o simplemente de vocación. Pero esas personas que desean estar informadas de lo que pasa en el mundo, no se resistirían a un conocimiento veraz del sentido de la ciencia, merced a la divulgación científica autorizada. Revistas especializadas, secciones de algunos diarios, alguno que otro programa televisivo y radiofónico atestigüan la presencia de un público ávido de conocimientos. No obstante, no se ha tratado de canalizar más público hacia medios como la televisión y el cine, porque se los sigue considerando medios de evasión. Buscando el vértigo por el absurdo y la alienación por la fantasía, muchas series de televisión sintetizan la orfandad de metas para un objetivo que a esta altura del siglo tendría que estar bien definido en el desarrollo cultural de nuestras comunidades. Por eso nuestro país sigue siendo buen mercado para estas series que con su aporte de incongruencias y mensajes de ciencias ocultas, se adueñan del público desprevenido, ahondando con el intríngulis de sus temas el abismo del que venimos hablando.

La eclosión científica trajo como consecuencia la especialización en cientos de ramas diferentes. "La superespecialización es la maldición de nuestra era", ha dicho Ritchie Calder, con arrebatado rigor. Pero agregó: "Si bien es comprensible e incluso inevitable, también es una maldición porque suministra a la gente excusa para decir: ¿cómo entender?, y brinda a los científicos pretexto para manifestar: no tenemos tiempo para otras cosas".

Una opinión pública asentada sobre bases racionales puede realizar una función de liderazgo capaz de neutralizar el

acondicionamiento de las masas por el espectáculo indiferenciado que se les ofrece por las pantallas de televisión y por la radio. Esta apreciación la consideramos válida para todas las formas del arte y también para el conocimiento de la ciencia. Por esto no es vano preconizar el uso de estos medios para la correcta divulgación de los descubrimientos científicos y de los beneficios que esos descubrimientos pueden traer a la humanidad. Inclusive como activos factores de cambio de sus modos de vida.

Esta tarea requerirá el concurso de intelectuales que tienen que empezar a formarse en las escuelas, mediante el método científico de aprendizaje. Y como dice Ritchie Calder: "Esto no significa que sea necesario aprender todos los tecnicismos de la ciencia, sino que el estudiante marche al paso de la ciencia".

La integración cultural que la divulgación científica ofrece como perspectiva para jóvenes y adultos, es una necesidad que ya no debería discutirse.

En cuanto a las perspectivas de los nuevos medios de comunicación, estimamos que está, entre sus posibilidades, la de entretener informando. Será cuestión de que nosotros, los argentinos, no nos quedemos con la creencia de que también esta perspectiva cultural es cosa de magia.

POSIBILIDADES Y LIMITACIONES DE LOS NUEVOS MEDIOS

Veamos cuál es nuestra realidad en los nuevos medios de comunicación, como así también las opiniones que merecen sus posibilidades de información a los psicólogos y sociólogos, además de la misión que les compete, a nuestro juicio, a los que de una u otra manera tienen acceso a tales medios.

Hace más de cuarenta años incorporamos a nuestro acervo tecnológico los primeros aparatos de radio. En ese entonces las

familias constituían grupos a su alrededor pasándose, de tanto en tanto, los auriculares mediante los cuales una técnica incipiente les permitía ingresar en esa maravilla de sonidos transmitidos “desde tan lejos”. Pronto se poblaron los techos de antenas que competían en altura, para captar mejor las ondas hertzianas, portadoras de mensajes que ya empezaban a reproducir estereotipos del “picadero” (recuérdense los novelones de ciertas radios portefías).

No es necesario historiar aquí los tiempos difíciles que corrieron durante la organización de la radiotelefonía argentina, casi siempre acuciada por factores económicos y grupos de presión que era necesario tener en cuenta para subsistir.

Así como sucede hoy con la televisión, la radio se vio impelida a aceptar las mismas estructuras competitivas que mucho antes hicieron capitular a los diarios llamados independientes, frustrando las preocupaciones por un acercamiento a la realidad socio-cultural del país.

Aún hoy se discuten en casi todos los países del mundo, los regímenes jurídicos sobre concesión de ondas y canales que respeten la necesidad de adecuar estos medios a un servicio más integral y utilitario, fundados en los requerimientos de formación cultural y auténtica recreación de todas las comunidades. Pocos ignoran, sin embargo, que estos medios cambian hábitos y modifican profundos valores sociales.

Es lógico, entonces, que para muchos intelectuales, profesionales, líderes culturales, periodistas, sociólogos y educadores, sea preocupación constante esto que se ha dado en llamar comunicación de masas, puesto que la definición está ligada, aparentemente, a una idea de anonimato, de cosa amorfa, heterogénea. Pareciera que en ella fuera imposible inyectar no sólo importantes valores informativos y formativos, sino los imprescindibles que importan a las artes mismas.

“Las noticias transmitidas por medios masivos se dirigen a un conglomerado de individuos que ocupan distintas posiciones dentro de la sociedad; personas de ambos sexos, diferentes

edades, niveles de educación, ubicación geográfica, etc.", dice Charles R. Wright en su libro "Comunicación de masas".

En esta afirmación se tienen en cuenta todos los valores culturales que separados identifican a grupos humanos muy distintos. No obstante, puestos frente a un medio como la televisión, el cine o la radio, se confunden en una simbiosis donde el denominador común es la *atención*. Quizás esta atención no sea la que se despliega cuando leemos un diario o un libro, donde la actitud es más racional y definitoria de un previo interés. Quizás, como dice Carlos Cossio en "La opinión pública", haya una actividad lúdica en el espectador de cine, de televisión o en el oyente de radio.

Pero es precisamente esa atención la que nos interesa señalar como factor de aprendizaje, aprovechable en la enseñanza tradicional y en la recreación, campos a los cuales les hemos dado la importancia que merece.

Esta ventaja ha sido resistida o discutida, hasta hace poco tiempo, como factor decisivo en las campañas para "ayudar a comprender" una determinada situación. Sin embargo, cuando en los países desarrollados estas ayudas auditivas y visuales se han convertido en un lugar común, en el nuestro recién ahora se está dando paso a la presión de los estamentos más exigentes de la sociedad, que reclaman una información veraz y actualizada de la radio y la televisión, conscientes de que el monopolio y la concentración impuestos por la sociedad industrial, no satisfacen ya los requerimientos de un conocimiento de avanzada. Es un hecho que la opinión pública requiere más calidad en todo tipo de espectáculo.

No es caprichoso, por lo tanto, que muchas empresas comerciales argentinas estén apoyando económicamente programas de radio y televisión (la promoción literaria es otro ejemplo) con valores educativos y culturales excepcionales, ajenos al "rating" a que estaban acostumbrados mediante otros menos costosos, pero condicionados a gustos menos eclécticos.

Hay aún otros reparos que asignan muy pocas posibilidades de formación a estos medios. "La comunicación de masas se caracteriza por ser pública, rápida y transitoria", dice otra vez Charles Writgh. De donde se infiere que las alternativas de captación y retención de los mensajes son mínimas.

Los psicólogos han demostrado que estas posibilidades están en relación directa con la ejercitación y el interés por el aprendizaje. Nosotros diríamos que estas aptitudes no son fáciles de lograr, pero tampoco imposibles si se adopta el justo equilibrio entre recreación e información.

Por numerosas razones muchos han comprendido, ya sea con conocimiento técnico o por el aporte de las ciencias del hombre, que la comunicación de masas es comunicación organizada, y sólo funciona en tanto y cuanto esté organizada.

Si bien algunos opinantes desdeñan lo que en favor de la humanidad han aportado, lo cierto es que la mayoría no deja de señalar que la pluma, la voz y la imagen son, por lo menos, tan poderosos como la más poderosa de las armas, precisamente porque haciendo uso de las técnicas modernas, y organizadas como están sobre bases psicológicas, pueden (y llegan) a conformar diferentes estados de opinión y emocionales, capaces de movilizar a las masas en procura de objetivos diversos. Es en este poderoso influjo emocional, que tanto puede servir para exaltar las más nobles condiciones del espíritu humano como para crear estereotipos y prejuicios, donde radica el talón de Aquiles de los nuevos medios de comunicación.

¿Quiere decir, entonces, que si al poder de atracción descrito, agregamos el poder de difusión instantáneo de los mensajes y a éste el incremento de su masa, y a esta masa de informaciones la carga subjetiva que la organización implica, debemos suponer, como dice Louis Armand, que el hombre que las recibe sabe seleccionar, es decir, que ha recibido cierta educación?

Ya no podemos engañarnos suponiendo tal idealismo. El desequilibrio entre los cuadros de la inteligencia y la masa es

cada vez más notorio. Sucede lo mismo que entre el científico y el profano. Es más, en este último caso hemos afirmado que el profano no sólo se muestra desconfiado, sino muchas veces asustado. En el caso de la información corriente hay, por parte de las masas, un desconocimiento inocente de su acondicionamiento, que suele traducirse en algo de soberbia indiferencia cuando se pretende demostrarle estos hechos.

Todo lo dicho induce a pensar que, con respecto a las primeras preguntas que nos inquietaban, podría responderse que, en efecto, nuestra sociedad recibe cada día un mayor caudal de noticias que se confunden con información. Que un caudal de informaciones de contenido evolutivo y crítico es indispensable para la formación de una opinión pública que influya sobre las masas. Pero que, la subjetividad inconsciente o dirigida, como los diferentes estados emocionales que ella provoca en los receptores, como así también el evidente desequilibrio educativo entre las clases sociales, hace que la información transmitida a través de medios como la prensa, la radio y televisión, no ofrezca mayores alternativas de progreso cultural, hasta tanto sus organizadores no comprendan que, asociándolos y dirigiéndolos a objetivos que estén más allá del mero sensacionalismo o lucro, el público no adoptará una actitud realista e interesada, preguntándose ante todo: ¿de qué se trata? Sin esta pregunta, no existe en un país verdadera opinión pública.

El estado emocional que produce la información cuando su elaboración es intencionadamente sensiblera y no proporciona elementos de juicio que permitan analizar una determinada situación, ha sido perfectamente estudiado en numerosa bibliografía. Esta naturaleza emocional que fija los valores de una situación o problema, es la causa de que la opinión pública equivoque con frecuencia y de que pueda ser engañada tan fácilmente, bajo la influencia de una fascinación intelectual cualquiera. Interesa señalar aquí que ello "ha servido a los teóricos de todo aristocratismo social y a las organizaciones reaccionarias, para teorizar, con injusticia y pesimismo, un

desprestigio de la opinión pública como instancia histórica de apelación" (Carlos Cossio en "La opinión pública").

Pero también es un hecho cierto que los distintos niveles sociales, algunos no preparados para esa labor de análisis permanente de los mensajes, reaccionan cada vez más emotivamente ante la sensiblería de los novelones, teleteatros "rosados" y ciencias ocultas.

Hemos afirmado que el hombre es receptáculo de una información que tiene su vehículo en poderosas organizaciones económicas, capaces de desplegar en el mundo vastas redes de periodistas, reporteros y fotógrafos. Y aunque la fuente de información sea la más modesta y minúscula, esas organizaciones son las únicas capaces de convertirla en material trascendente.

En un mundo donde la población aumenta vertiginosamente, se comprende que la información que reditúa intereses económicos inmediatos es aquella que puede provocar impactos emocionales en las masas. Todos los medios de comunicación están en esa lucha por conquistar la primacía al instante. De allí que el encabezado de noticias sea más importante que el análisis crítico de una guerra prolongada; un desastre aéreo o un erimen pasional que la información de las causas por las cuales se ha perdido un mercado de exportación o la importancia de la realización de una obra de infraestructura. Esta información seguirá siendo, quizás por cuánto tiempo, material para iniciados.

Por ello es que, en primera instancia, no significa que los pueblos que reciben más caudal de informaciones de aquel tipo sean necesariamente los más cultos y, ni tan siquiera, que estén más cerca de la verdad sobre su situación en el mundo. No importan los elementos cuantitativos de la información, sino sus elementos cualitativos. Esto es lo que, referido al papel de las comunicaciones en el mundo, hizo decir a Norbert Wiener, con marcado excecpticismo: "Vivimos en una época en que a la enorme masa de comunicación por habitante corres-

ponde un flujo cada vez menos denso de cantidad total de comunicación. Debemos aceptar una vez más un producto inofensivo e insignificante que, como el pan blanco, se prepara más en vista de sus posibilidades de conservación y venta que de su valor nutritivo”.

Veamos aún algunas implicancias técnicas que tienden a oscurecer el panorama. En defensa de la aptitud para expresar la verdad a través de los medios que usan la palabra y la imagen, se han argumentado numerosas hipótesis. Entre las más valederas está la de que la imagen puede mentir menos que la palabra. Pero aún así, su base de sustentación es débil, como débil es la alfabetización visual de las masas para discernir, por ejemplo, una imagen virtual de la auténtica.

Por otra parte, no debe olvidarse que detrás de una cámara de cine, de televisión o fotográfica, existe un operador cuyas intenciones de captación de la realidad pueden estar condicionadas por su propia subjetividad, o por sutiles recomendaciones de los que manipulan el mensaje final. Para ello, el lenguaje visual posee una gramática muy bien desarrollada.

Ahora bien, si estos reparos sobre la autenticidad de la información para la simple objetivación de las noticias, tienen el fundamento que hemos visto, imaginemos las consecuencias que se producen cuando la inautenticidad actúa sobre la formación de los individuos.

Puesto que en el terreno artístico o científico la información también suele dirigirse a aspectos puramente anecdóticos y emocionales, una de nuestras preocupaciones tendría que ser la de alfabetizar visualmente a los niños, jóvenes y adultos, a fin de reducir en lo posible ese pavoroso accionar del deterioro de los mensajes que los especialistas llaman *entropía*.

Sin embargo, pese al asombroso desarrollo de la fotografía, por ejemplo, aún no se ha impuesto como materia de estudio en ninguno de los ciclos de enseñanza de nuestro país. Este aprendizaje debería hacerse desde los primeros grados, con auténticos

comunicadores, a fin de capacitar al individuo, para una actitud crítica frente a los hechos y las ideas que en forma verbal o visual se le plantean durante la información. Tendríamos que agregar: capacitar al individuo en forma permanente, pues no podemos dejar de pensar en la educación de adultos, ya que éstos no pueden quedar marginados del conocimiento actualizado.

En la sociedad tradicional la artesanía o las profesiones pasaban de abuelos a padres y de éstos a los hijos en forma invariable. El trabajo manual era un orgullo y el maestro un virtuoso. Hoy, en el umbral de la era espacial, los hijos vislumbran profesiones y vocaciones que los padres no perciben y a los abuelos les parece una aberración. En una u otra forma, se plantean diariamente conflictos interpersonales.

En un planteo integral de los problemas que dejamos esbozados no se podrá obviar, claro está, la necesidad de una reforma de los contenidos educativos que permitan lograr la adecuación de todos los niveles de enseñanza, de manera tal que sus egresados estén en condiciones de asumir el real papel de agente del cambio social que les corresponde.

Por lo que a este análisis se refiere, debemos reiterar el factor primordial que cabe a los medios de formación e información como el cine, la radio, la televisión, y al importante rol que en esta etapa de la historia humana le corresponde a los técnicos e intelectuales, en procura de objetivos que deberán constituir una verdadera deontología de sus profesiones.

Deberes y derechos para crear esa conciencia de mutua comprensión, destinada a fundamentar la sociedad del futuro. Deberes y derechos sobre los cuales lograr la cohesión de los distintos estamentos del cuerpo social, sin detrimento del libre juego de las opiniones.

Las necesidades del hombre moderno le exigen informaciones experimentales definidas pero no definitivas. Los nuevos medios deberán utilizarse, por cierto, mucho más como ins-

trumentos de información que de entretenimiento cursi, si no queremos caer en el hastío de las horas huecas y repetidas, o en la necesidad de renovadas excitaciones que identifican a las culturas alienadas por la propaganda.

LOS QUE TIENEN ALGO QUE COMUNICAR

Wiener decía que “cuando existen comunicaciones sin necesidad, solamente para que alguien pueda obtener el prestigio social e intelectual de convertirse en su sacerdote, la calidad y el valor del contenido del mensaje cae a plomo”.

Recordamos esta reflexión porque hemos mencionado, muy sucintamente, el papel representativo de la opinión pública, que por medio de la información debe ofrecer la prensa en nuestros días. Información de ida y vuelta, que en otros tiempos podía darse por la facilidad que el periodista o el intelectual tenía para mezclarse con su público, palpar los requerimientos y deseos de la gente y vertirlos en artículos que, inclusive, llevaban el sello de su propia opinión.

Se atribuye la finitud de esta norma a las estructuras económicas que hoy gobiernan el periodismo. Estructuras muy costosas, que imponen la necesidad de contar con lectores adictos y consecuentes en todos los estratos de la sociedad. De allí la necesidad de investigar el mercado consumidor “para saber qué le gusta”, “qué le dará prestigio”, “qué lo hará sentirse más importante y más identificado con la clase que le sigue en el ascenso”. ¡Y todo esto antes que pensar en el tipo de información que hace falta para mejorar la percepción del mundo real en que vive! He aquí que las ciencias del hombre, quizás sin proponérselo, también tienen su talón de Aquiles.

¿Cabe, pues, una actitud crítica? . . . ¿Quiénes deben asumir esa actitud crítica y de resistencia a la alienación?

Mientras la enseñanza permanezca rígida ante el avance de las ideas renovadoras, de la inventiva y del desarrollo de la

imaginación, los líderes culturales, los artistas, los comunicadores que preservan el auténtico sentido de las técnicas y sus contenidos, son los responsables de actuar como catalizadores de la cultura popular. De manera tal, junto a los responsables de la educación, deberán poner empeño en transmitir la realidad que los circunda, sin mixtificaciones y con claras referencias al interés colectivo.

Esto no significa que deberán quedar excomulgados el entretenimiento y la distracción. Hasta en esas formas del ocio también deberán jugar importante papel la inteligencia y la capacidad de los técnicos, de los programadores, elevando la puntería para ampliar su público, tal como lo propone Cossio en su obra ya citada: "Ese círculo —dice— se establece así: los más altos dividendos dependen del público de masa; pero el horizonte de la masa depende de la inquietud de la opinión pública; a su vez, la opinión pública sólo puede ser inquietada por un técnico creador. La mejora de los programas en los nuevos inventos está subordinada al circuito dado en ese círculo, y en la medida en que un empresario capitalista busque sus mejores dividendos; tiene que entrar en alianza con el intelectual de vocación ya que, entre el empresario y la masa se interpone el estrato de la opinión pública que sólo el intelectual de vocación puede comprender y conquistar".

El hecho cultural no es sólo amor a la sabiduría, a la educación literaria, científica o artística. Es también acumulación de información y análisis de la realidad, a través de su explicación y discusión para su perfeccionamiento. También es la admisión de "otros" hechos culturales en el terreno del debate, aunque representen distintas civilizaciones. No existen otras posibilidades de comunicación, por más que se articulen nuevos mitos en favor de la censura, o de que se proyecte la organización social sobre otras estructuras. No habrá más salida que darle contenido de autenticidad a la información, ya que la censura o la omisión informativa, no sólo niega el hecho cultural, sino que descoloca a los estamentos de la sociedad

en el intento por comprender los acontecimientos que la están configurando cada día. "Sólo un progreso del espíritu cívico igual al progreso de la técnica puede permitir obtener un resultado", dice Louis Armand.

En consecuencia, debe asignársele más importancia al procesamiento de las informaciones que la que solía dársele en el siglo pasado. Ya nos referimos a este aspecto de la cuestión en distintas ocasiones en que hicimos hincapié en el desajuste entre progreso científico e información popular. Insistimos ahora en que existen aspectos de la vida común, en los cuales será más fácil advertir la tremenda distorsión que, en nombre del progreso, diariamente agudiza en el emperismo de las masas, el concepto casi mágico de sus teorías y logros, y el distanciamiento entre "entendidos" y "legos", todo lo cual no hace más que aumentar la incomunicación que, inclusive, ha dado tema a ciertos géneros literarios, manejados por los "brujos" de la nueva era.

MITO, ERROR Y MIEDO

Cuando no hay información o ésta penetra distorsionada en la sociedad, por cualquier canal, pueden ocurrir dos cosas: o la banalidad y la inercia se agudiza en los individuos o, frente a lo incomprensible, cunde el miedo o el pensamiento mítico.

Tal como se da hoy la calidad de las informaciones, existen muy pocas referencias que nos permitan ser optimistas y pensar que no nos encaminamos a la banalidad y al miedo. Veamos todavía algunos ejemplos de nuestra diaria observación. Ya se trate de economía, salud pública, medicina, astronáutica, etc., el abismo entre informados y legos es incalculable. Todo el mundo se estremece cuando oye hablar del cáncer, pero nos atrevemos a pensar que solamente unas pocas personas estarían en condiciones de explicar sus aspectos mor-

fológicos. ¿Cuántos, de los que cada minuto abren una canilla, conocen realmente el procesamiento del agua corriente que consumen desde la mañana hasta la noche? ¿Cuántos de los que hoy se maravillan ante los mecanismos de propulsión de los cohetes conocen el de un simple motor a explosión que, desde hace cincuenta años impulsan nuestros vehículos más tradicionales? ¿Cuántas mujeres, sin ir más lejos, están en condiciones de explicar el proceso de la fecundación?

Y así podríamos seguir hasta el cansancio. Este conocimiento, esta información, no entra en el contexto de las especializaciones, sino en el de las sencillas necesidades del conocimiento que, en todos los órdenes, hacen que una persona perciba los hechos más rápidamente que otra y con espíritu crítico.

No está demás repetir que, cuando hemos enfatizado la necesidad de una más eficiente información a nivel masivo, no nos hemos referido a la noticia que se limita a enunciar los hechos nuevos, sin explicarlos.

Es en la organización de nuestra enseñanza y en su continuación en la educación de adultos donde radica el problema, a nuestro juicio. No de abundancia, sino de una alarmante falta de información. Lo saben los educadores preocupados por sus experiencias personales. Lo saben los especialistas que diariamente se enfrentan con los problemas de orientación vocacional. Lo saben los extensionistas rurales y urbanos que detectan los valores culturales o tratan de motivar el cambio de actitudes y métodos tradicionales.

Alguien ha dicho que nuestra cultura debe ser creada de nuevo en cada generación. Y esto es así porque la cultura no se da en el individuo por generación espontánea. Debe ser aprendida y aprehendida en cada minuto de la vida, gracias a un cúmulo de informaciones que debe tamizar, seleccionar y almacenar en el cerebro, para sus futuras experiencias.

Quizás en el terreno de la ciencia los centros de documentación y la posibilidad de automatizar la información vengan

a solucionar el caos de publicaciones e investigaciones paralelas cuando desaparezcan, claro está, los tabúes de la información.

Pero la dimensión del problema que más incide sobre el sentido de la información, como esperamos haber dejado aclarado aquí, radica en la cultura de masas, donde las informaciones penetran distorsionadas o directamente no llegan, restando a los individuos, como dice Armand, "la posibilidad de desempeñar un papel efectivo y permitirle verificar que su trabajo se hace en beneficio real de la colectividad".

Es en la metódica confrontación de esta problemática entre las generaciones que acceden al gran debate de la organización social futura, donde debe apuntarse la reforma de los métodos de información, sus mecanismos y sus objetivos, ya sea sobre cuestiones económicas, políticas, de planificación, científicas o artísticas.

La educación planificada con sentido social y atendiendo a las necesidades de nuestro país, deberá tener en cuenta los requerimientos de los especialistas en tareas de comunicación y extensión rural y urbana de política cultural, orientada siempre a la formación de los individuos, en lugar de estar dirigida, como sucede ahora, al *dilettantismo del título* o el diploma.

El tratamiento de los acontecimientos en todas las ciencias, tendrá así el nivel que corresponde y servirá para que, a lo largo de la vida, los hombres elaboren, sin cesar, nuevos puntos de vista para nuevos hechos y circunstancias.

La radio, el cine, la prensa y al televisión seguirán siendo, por lo que se provee, los canales ideales para esta información masiva.

En la medida en que nuestra formación adopte la actitud crítica requerida frente a los mensajes, estaremos en condiciones de asegurar que ha comenzado a tener otro sentido el universo de la ciencia y la tecnología, presentido hoy con actitudes pasivas, casi hipnóticas o temerosas, por una cultura

agobiada ante las noticias tendientes a activar los reflejos menos constructivos del hombre.

Para finalizar, citamos una vez más a Louis Armand, quien refiriéndose al progreso por la técnica dice: "Pero el progreso no vendrá sino si un número de hombres cada vez mayor comprende que estamos en el umbral de una nueva fase de la evolución, cesa de lamentar lo que ya no podrá ser y se apasiona, no del mundo que comienza a terminar —y al que no está adherida gran parte de la humanidad que ha vivido en medio del temor—, sino de la era nueva que ofrece inmensas posibilidades al desarrollo de la generosidad del hombre, una era bien constituida para entusiasmar a la juventud y hacerla pedir que se haga partícipe con mayor amplitud".

Mientras esas generaciones acceden al manejo de los canales de información, consideramos un desafío para los intelectuales, líderes culturales y planificadores de la cultura, el asumir la responsabilidad de ir elaborando con la acción, esa deontología de la información que tanto necesita el país.

De otro modo, el fin de la comunicación colectiva, y, consecuentemente, la ausencia de opinión pública, hará participar también a nuestro pueblo en un holocausto que, no por sentido, debemos precipitar.

A P E N D I C E

“Los recursos humanos de nivel universitario y técnico en la República Argentina”. Centro de Investigaciones Económicas. Instituto Torcuato Di Tella. Buenos Aires. 1964.

En la página 12, parte I, leemos:

“Todos los países y regiones presentan, en un momento dado, y como fruto de un cúmulo de circunstancias (económicas, naturales, históricas, culturales, sociales, etc.) una estructura económica y social con caracteres y relieves determinados. Esa estructura, asimismo, requiere para lograr un funcionamiento más o menos normal una cantidad de personal entrenado para cumplir las funciones y tareas que cada planta industrial o cada servicio exige”.

“Simultáneamente, existe un sistema educativo que “produce anualmente una cantidad de personal (recursos humanos) con distintas capacidades y aptitudes de acuerdo a su organización”.

“Desde el punto de vista del planeamiento de los recursos humanos se trata de lograr una adecuación, lo más estrecha que sea posible, entre los requerimientos de la sociedad en su conjunto y los productos del sistema educativo. No es difícil apreciar que si éste es anacrónico, ineficiente o inadecuado (lo cual se reflejará en el costo, calidad y cantidad de sus egresados) la economía o los puestos de otros sectores que éstos pasan a ocupar serán, en consecuencia, desempeñados con técnicas arcaicas, tipos de organización superados, etc., lo cual redundará en la mala calificación de todo el conjunto”.

“Por otra parte, si se limita a considerar esa falta de adecuación en una economía no plenamente desarrollada, resultará evidente que ello implicará, a su vez, el mal uso de recursos financieros que siempre son escasos. Es precisamente allí donde el estadista, el economista y el educador pueden conjugar sus aportes para la solución que, a la postre, resultará más sinérgica y eficiente para todo el conjunto, realizando un planeamiento técnicamente correcto”.

“Una característica destacable que también debe reunir tanto la tarea de planeamiento, y el sistema educativo en alto grado, es su flexibilidad, de manera tal que puedan adaptarse o preverse, con antelación suficiente, la preparación de personal que deberá desempeñar las nuevas tareas que crea, en el mundo de hoy, los permanentes cambios tecnológicos. Y el sistema educativo debe ir abandonando, si es que no se ha cristalizado ya, el entrenamiento de personas para funciones absolutas o

realmente inexistentes, ya que ello implicaría un derroche de fondos y de tiempo y sólo produciría personal frustrado que actuaría como resistencia o barrera para el desarrollo económico”.

La adecuación de los dos sistemas a que se refiere puede reflejarse, también, en inconsistencias o desórdenes de otros organismos. Tales por ejemplo: mala orientación vocacional, tipos de escuela o de enseñanza fuera de lugar, trabas de orden administrativo, etc.”.

“La adecuación, en un plano más profundo, debe también reflejarse en las prioridades absolutas o relativas que, en determinada circunstancia histórica, sea oportuno acordar a: alternativas entre esfuerzos para la educación primaria o secundaria, entrenamiento técnico-vocacional o de tipo cultural general en la enseñanza secundaria, enseñanza universitaria que promueva o desaliente determinadas carreras o profesiones”.

“En pocas palabras se trata de lograr una meta en materia educativa que siempre está convenientemente definida; adecuada y relacionada con otras metas nacionales, y determinar las vías más eficientes y rápidas de alcanzarlas a través de una estrategia que combine los enfoques de requerimientos de mano de obra y cultural”.

En la pág. 49, puede leerse:

“El problema educativo argentino en lo que respecta a la educación elemental es, más que un problema de alfabetización, si se entiende por alfabetización el solo aprendizaje de la escritura y la lectura, el de lograr, como nivel educativo mínimo, una cantidad de conocimientos que equipen a la población para poder participar activamente en la actual sociedad tecnológica en continuo desarrollo”.

“Los expertos en educación han arribado a la conclusión de que las personas que no completan 5 años de escolaridad elemental son “funcionalmente analfabetos” (se denominarán “alfabetos deficientes” y sólo están preparados para participar en el proceso industrial como trabajadores no especializados”.

Del interesantísimo trabajo que estamos comentando, extraemos finalmente el ítem III del resumen de la Parte I, titulado Enseñanza secundaria y técnica, por significar el más claro ejemplo del desequilibrio educativo, tecnológico y cultural, que comentamos en el capítulo respectivo. Dice el resumen:

- En los últimos 20 años el alumnado de las escuelas secundarias se ha casi cuadruplicado.
- Las tasas más altas de aumento por tipo de enseñanza secundaria correspondieron a la técnica entre 1935 y 1947. Desde 1954 no sólo bajaron las tasas, sino que ha decrecido en el período 1938/1960, a una tasa media anual del 10 %.
- El crecimiento anual de los inscriptos secundarios ha sido para las mujeres del 7 % y para los varones del 5 %.
De continuar la misma tendencia, el alumnado de las escuelas normales y técnicas será el que relativamente crecerá menos en los próximos años. Mientras el total de inscriptos se estima que, en 1965 con respecto a 1960, será 42 % mayor, el de las escuelas técnicas sería sólo un 34 % mayor.
- Mientras que en 1960 egresaron 21.000 maestros, se prevé que en 1965 lo harán 28.000.
- El número de técnicos egresados con entrenamiento de cinco y más años de escuela secundaria decreció a partir de 1955 en todas las ramas, con excepción de los de la industria automotora. A pesar de ello, y si tomamos las series de egresados desde 1947, se pueden prever para 1963, incrementos en todas ellas, salvo en las especialidades relacionadas con la química.
- Los egresados técnicos electricista de preparación superior descendieron desde 280 en 1956 a solamente 38 en 1958.
- Los grupos con mayor cantidad de egresados fueron el de mecánica y el de la construcción, respectivamente.
- Los porcentajes de aumento de egresados fueron el de mecánica y el de la construcción, respectivamente.
- Los porcentajes de aumento de egresados con este entrenamiento fueron mayores en las zonas que se han denominado rurales que en las urbanas a partir de 1952.
Los de la Capital Federal fueron los que menos crecieron.
- Los inscriptos y egresados del Instituto Técnico Superior decrecieron en los últimos cinco años en un 50 %. Las especialidades que tuvieron las mayores cifras de egresados fueron las de hormigón armado, refrigeración, ventilación y calefacción y motores de combustión interna, en este orden.

Reiteramos lo dicho en su oportunidad. Exceptuando las predicciones de las cuales no poseemos datos actualizados, nótese que, con respecto al descenso de egresados con preparación científica y técnica, los lapsos coinciden con el mayor incremento de sus aplicaciones en los planes de desarrollo de los países más adelantados del mundo.

B I B L I O G R A F I A

- ARMAND, Louis y DRANCOURT, Michel. *"Una sociedad en movimiento"*. Cid. Madrid. 1.965.
- BAGU, Sergio. *"La realidad argentina en el siglo XX"*. Fondo de Cultura Económica. Méjico-Buenos Aires. 1.961.
- BULLADE, José. *"Bases de la comunicación humana"*. Departamento de Extensión Universitaria. U.N.L. Santa Fe, 1.967.
- BUNGE, Mario. *"La ciencia, su método y su filosofía"*. Siglo Veinte. Buenos Aires. 1.966.
- CALDER, Ritchie. *"La ciencia tiene sentido"*. Sudamericana. Buenos Aires. 1.958.
- CASANOVA GONZÁLEZ, José A. *"El régimen político de la televisión"*. Nova terra. Barcelona. 1.967.
- CAZENEUVE, Jean. *"Sociología de la radio-televisión"*. Paidós. Buenos Aires. 1.967.
- CIENCIA E INVESTIGACIÓN. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Buenos Aires. Agosto. 1.967.
- CORREO DE LA UNESCO. Agosto-Septiembre. 1.967.
- COSSIO, Carlos. *"La opinión pública"*. Losada. Buenos Aires. 1.958.
- DEWEY, John. *"Libertad y Cultura"*. Editorial Rosario. Rosario. 1.946.
- DEWEY, John. *"La ciencia de la educación"*. Losada. Buenos Aires. 1.964.
- FOURASTIE, Jean. *"Las condiciones del espíritu científico"*. Cid. Madrid. 1.966.
- LINTON, Ralph. *"Cultura y personalidad"*. Fondo de Cultura Económica. Méjico. Buenos Aires. 1.965.
- MANTOVANI, Juan. *"Implicaciones filosóficas de la educación"*. Eudeba/Unesco. Buenos Aires. 1.966.
- RUESCH, Jurgen, y BATESON, Gregory. *"Comunicación: la matriz social de la psiquiatría"*. Paidós. Buenos Aires. 1.965.
- SMITH y SMITH. *"La conducta del hombre"*. Eudeba. Buenos Aires. 1.963.
- TAVELLA, Nicolás. *"La orientación vocacional en la universidad"*. Departamento de Pedagogía universitaria. UNL. Santa Fe. 1.961.
- VARIOS. *"El fracaso de los brujos"*. Alvarez. Buenos Aires. 1.966.
- VARIOS. *"Los recursos humanos de nivel universitario y técnico en la República Argentina"*. Parte I. Instituto de Investigaciones Económicas. Instituto Torcuato Di Tella. Buenos Aires. 1.963.
- VILCHES, Gladys. *"La educación en Comercio"*. Huemul. Buenos Aires. 1.966.
- WIENER, Norbert. *"Cibernética y sociedad"*. Sudamericana. Buenos Aires. 1.958.
- WRIGHT, Charles R. *"Comunicación de masas"*. Paidós. Buenos Aires. 1.963.
- YOUNG, K. y otros. *"La opinión pública y la propaganda"*. Paidós. Buenos Aires. 1.967.